La Varita Mágica de Hipercuerdas

Luis Roche Peña

Capítulo 1

La Varita Mágica de Hipercuerdas

© 2018

Kelvin Parslik estaba contento. Al fin el multiordenador había conseguido resolver el enigma.

La Varita Mágica era un hecho. Consistía en un bastón metálico de unos treinta centímetros, la mayor parte de los cuales los ocupaba una batería de plasma frío y radiofrecuencias, elaboradas para el proyecto de nave interplanetaria a base de plasma y que avispados comerciantes habían empezado a utilizar para aumentar la potencia y la duración de todo tipo de aparatos. Kelvin la había mejorado y era la primera parte de su proyecto.

La otra parte era simple de explicar, pero su elaboración práctica había requerido la intervención del mejor multiordenador del Instituto Alcubierre de Física Aplicada. Consistía, básicamente, en un circuito capaz de *'desenredar'* las hipercuerdas y reorganizarlas mediante un campo de fuerza local, alojado en la punta redonda de la 'varita mágica'.

Las cualidades de la materia de todos los objetos del mundo vienen determinadas por la forma en que las hipercuerdas se organizan. Bien, por eso la llamaban varita mágica: porque era capaz de cambiar la materia. Transformar, transmutar, desintegrar cualquier objeto.

Kevin Parslik se sentía como el mago Merlín cuando empuñaba su invento.

¿Que cómo se usaba? Eso era lo más chusco: Kevin lanzaba su conjuro, es decir, formulaba su deseo en voz alta y el microprocesador lo transformaba en el campo local de fuerza adecuado para conseguirlo.

Un colaborador gracioso instaló el programa verbalizador en latín, sólo por el gusto de oír a su jefe diciendo: *"expeliarma"*, pero fue despedido rápidamente y el programa reinstalado. Sonaba más prosaico pero

también más científico.

Naturalmente, como siempre pasa, el colaborador despedido concedió una entrevista a la mejor revista científica y el artículo acerca del nuevo invento provocó una fama inmediata y no deseada por Kevin.

Y, como siempre pasa, el gobierno se interesó por tan útil aparato. Al fin y al cabo ¿quién no ha deseado alguna vez poder disponer de una varita mágica?

Dos policías militares le acompañaron en su camioneta hasta el despacho del General Nicholas Brain y se quedaron de guardia en la puerta.

–Bienvenido, profesor Parslik –saludó.

–No soy profesor. Soy doctor en Físicas –repuso él.

–Sí, claro. ¿Ha traído los documentos y el aparato como solicitamos al citarle? –preguntó el general.

–Eh... Sí.

–Bien. ¿Podría su varita fabricar una nave interestelar?

–Si me da los datos informáticos de todas las piezas... –suspiró Kevin.

–Esa nave aún no está diseñada –repuso el general–. Esperábamos que su varita nos la proporcionase.

–Pues no soy el genio de la lámpara. ¿Ve esta ranura en la base del mango? –preguntó sacando la varita y señalando– es una conexión USB. Se conecta al multiordenador y 'aprende' qué es lo que se le solicita –explicó.

–Vaya –el militar se rascó la barbilla– ¿Y podría convertir esa silla en un gato? He leído que puede.

–Por supuesto –Kevin supuso que no eran los gatos los que le interesaban al general, sino crear soldados–. Mi invento tiene toda la información necesaria sobre un gato –dijo, sosteniendo la varita hacia la silla y formulando la orden pertinente.

Hubo un destello de luz y, cuando se esfumó, vieron el cuerpo de un gato sobre el suelo. El general, atónito, exclamó:

–¡Pero si está muerto!

–¡Pues claro! ¿se cree que soy Dios y puedo crear vida? Mi invento es un logro científico, no milagroso.

El general comenzó a fruncir el ceño.

–Entonces ¿para qué sirve? –preguntó molesto.

–¿Ve esa jarra de cristal con agua de aquella mesa?

Kevin se acercó a la misma y expresó su orden:

–Convierte la jarra y el agua en oro.

Por supuesto, cambiar las hipercuerdas de compuestos como vidrio y H2O en moléculas de un elemento químico como el oro no le suponía ningún problema a su invento. El recipiente con su contenido tomaron un inconfundible aspecto dorado sólido. El general mostró estupor. Por su mente pasaron conceptos como 'inflación', 'deflación' y 'defraudar al fisco' y sintió una repentina urgencia por decomisar el aparato.

–¡Policía! –llamó.

Sus agentes entraron. Kevin, que adivinó sus intenciones, sintió miedo y se lanzó contra una pared al tiempo que mascullaba una orden.

Con un fogonazo de luz desapareció de la habitación.

Los militares tardaron unos segundos en comprender. Luego, el general soltó un rugido de frustración.

A treinta kilómetros de allí, en un terreno conocido para él, Kevin apareció de improviso. Había grabado las coordenadas como parte de un experimento días atrás.

Inmediatamente pensó qué debía hacer. Sin duda su amigo Steward Bansky podría protegerle a él y a su invento. Le dictó la dirección a la

varita y apareció de improviso en el salón. Por suerte su amigo estaba en ese momento en otra habitación.

–¡No te asustes! –gritó– ¡soy yo, Kevin!

Steward Bansky apareció por la puerta con cara de asombro y una taza de té en la mano.

–¿Por donde has entrado? –preguntó alterado– ¿Qué quieres? ¿Qué sucede?

Kevin Parslik le explicó brevemente su entrevista con el general y la forma más bien brusca en que había terminado.

–He pensado –concluyó– que con tus contactos en el Consistorio podrías protegerme.

Steward reflexionó un par de minutos.

–¿Así que el aparato funciona? –Más que una pregunta era una exclamación de alegría. Aquello abría posibilidades insospechadas para la Civilización.

–Oh, sí.

–Pues debemos reservarlo para la Ciencia –aseveró.

Steward Bansky dejó su taza sobre una mesa y cogió de ella el móvil. Pulsó la llamada de un número pregrabado y esperó, observando a su amigo el científico, que tenía aproximadamente su edad, unos cuarenta años. Alto y delgado, con una melena lacia que caía sobre sus hombros, las batas blancas del laboratorio le sentaban muy bien, y sólo su introspección natural le impedía ser un don juan.

Kevin Parslik podía oir los tonos desde su posición. Su amigo era un poco más bajo que él. Se conservaba en forma, y su figura era más cuadrada que vertical. Una incipiente alopecia mostraba un cráneo notable, a través de un pelo sedoso y gris. Ambos se mostraban un gran aprecio desde que se graduaron en el instituto y comenzaron sus carreras respectivas: Física e Ingeniería Informática.

Una voz femenina contestó al fin al teléfono de su amigo ingeniero:

–Hola, ¿qué tal?

–Hola, Lisy. ¿Recuerdas aquello que hablamos que podía pasar? Bueno, pues ya ha pasado. Estaría bien que reuniéramos al equipo para una partida.

La voz se mostró sorprendida y un poco vacilante.

–Ah, ya. Entiendo. Tráete el balón y jugamos.

–Lo llevo en seguida.

Parslik, que había escuchado la mayor parte de la conversación, se rascó el mentón y miró interrogativamente a su amigo.

–Es una clave. El balón eres tú, claro. Y tu maravilla –explicó Bansky, señalando la varita –. Venga, nos vamos.

Salieron del apartamento y Bansky le llevó hasta su pequeño automóvil, un pequeño Mercedes Benz 300 SL plateado de los años 50 (¡1950, no 2050!). El científico soltó un silbido de admiración ante la antigualla.

–¿Te gusta? Es una monada.

–Desde luego no se parece a nada que yo haya visto nunca. ¿De dónde lo has sacado?

–Hace mucho que no me visitas. Lo tengo hace un año. Es practicamente un ejemplar de museo, pero tiene motor eléctrico. Si no, no hubiera pasado la revisión.

Se acomodaron en el deportivo y Parslik, enemigo acérrimo de los vehículos a motor, se sintió lo bastante a gusto en él como para disfrutar del paseo hasta...

¿Hasta dónde?

Bansky había dejado atrás la vía principal, y estaban circulando siguiendo la amplia curva de una carretera que pasaba bajo ella y se perdía en los

niveles inferiores de la ciudad. Él nunca había estado allí.

El cochecito se detuvo en un suburbio atestado de personas de toda edad y condición. La mayor parte caminaban con sus propias piernas, lo cuál en aquella época no era frecuente. Entre ciclomotores, patines gravitatorios, mochilas levitadoras y otras lindezas, el arte de caminar lo cultivaban muy pocos individuos. Claro que, mirando bien el entorno, dudaba que aquellas personas pudieran pagarse una mochila levitadora.

Vestían de forma igualmente pintoresca. No iban en absoluto conjuntados. Cazadoras de cuero sobre pantalones de camuflaje; camisas bajo arneses con instrumentos variados; mujeres cuyas faldas largas dejaban ver unas botas mucho más toscas de lo adecuado.

Bansky le indicó un portal. A él se dirigieron y su amigo el ingeniero informático sacó un artilugio de su bolsillo y oprimió un botón. Inmediatamente, una cámara de seguridad les enfocó y se escuchó un chasquido.

Y una voz femenina sonó por algún altavoz oculto:

–Bienvenidos, colegas.

Era una voz grave y sexy. Hasta un reprimido como Parslik pudo percibirlo.

Bansky le indicó que entrase, y su amigo lo hizo, no sin cierta prevención. El portal daba a una escalera oscura y estrecha, escasamente iluminada, que subieron con precaución. En la segunda planta se hizo visible una figura femenina y Parslik sintió una anticipación de excitación, recordando la voz del interfono.

Sin embargo, cuando la chica les saludó, su tono le pareció más agudo y fresco, revelando una gran juventud. Entraron en el apartamento de Lisy, que, tal como Bansky le explicó, era el hipocorístico de Elisa.

El lugar era pequeño, y estaba decorado con cierta originalidad. Es decir, junto a una mesa repleta de aparatos informáticos se podía ver una lámpara oriental de cristales de colores. Estratégicamente situadas, unas cuantas bolas de Feng Shui, adornadas en su hilo con piedrecitas de diversos minerales, colgaban con reflejos luminosos de colores, creando un ambiente acogedor y, en un rincón, una gran estatua de un guerrero hindú se sostenía sobre una sola pierna. Cuando Parslik se acercó a examinarla, Lisy le previno:

Cuidado, es una antigüedad muy valiosa.

–Ah, sí, claro.

El tímido científico se apartó lentamente de la estatua, acercándose a la mesa donde ya Bansky y Lisy se estaban acomodando.

Su amigo el informático mostraba con Lisy una gran familiaridad, a pesar de llevarle veinte años o más. Parslik se preguntó hasta dónde llegaría esa empatía, pero se avergonzó de su imaginación inmediatamente. Sin embargo, lo olvidó todo cuando Lisy le sonrió y le indicó la silla que quedaba frente al ordenador, junto a ellos.

–Verás, genio, resulta que tenemos que hacerte desaparecer.

–Tengo cosas en mi domicilio... –empezó a decir.

–Veré qué puedo hacer. Hazme luego una lista. Ahora atiende. –La muchacha demostraba una gran autoridad al hablar–. Formo parte de un grupo. Bansky ya nos conoce hace un tiempo. –Su amigo carraspeó y esbozó una leve sonrisa. A la tenue fosforescencia de la pantalla del ordenador adquirió un matiz inquietante–. Mi grupo se dedica a ciertas actividades oscuras...

–¡Pero si eres una niña! –exclamó sorprendido.

–Ni soy tan niña ni tan inofensiva como pareces creer. Y no me faltes, o te hincho un ojo. –El tono de su voz se había endurecido...

–Lo siento, no pretendía ofenderte. Es que...

–Ya, que me ves muy joven. Vale, machista light, dejemos eso. Soy la niña que te va a salvar el pellejo. O el invento, que a fin de cuentas es lo mismo.

Bansky soltó una risita, pero se reprimió a tiempo.

–Mira, Parslik: estos colegas te volverán invisible para los militares –explicó.
–¿No serán terroristas? –preguntó asustado el físico.

–No cometemos actos violentos... Lo nuestro es la informática. Y conocemos esta ciudad. Me temo que tú no del todo.

Parslik tragó saliva. Aquello tomaba tintes cada vez más subversivos.

Lisy observó su expresión angustiada y soltó una carcajada.

–Bueno, ¿qué tal si me haces esa lista de objetos de tu casa? –dijo luego.

Lisy caminó hacia los dos chavales que aguardaban apoyados contra la pared del callejón.

–Mike, Carlos... –saludó.

–Hola, Lisy.

El que había hablado era Carlos. Tenía acento de la Zona Tres, Old Colombya (Lo que fuera otrora Colombia, antes de la repartición intercontinental del siglo 23). Era de estatura media y pelo crespo y negro. Su rostro era largo y afilado en el mentón, lo que le daba un aire aristocrático, y sus ojos parecían soñadores.

El otro, Michael, o Mike, era castaño claro, de pelo lacio y un aire inconfundiblemente celta. Y un poco más alto que su compañero. Lisy tenía una estatura entre la de ambos.

–El genio quiere estas cosas de su piso. Tengo la llave. –Les tendió un papel. Carlos lo ojeó intentando que su sombra no tapara la luz de una farola.

Caminaron hasta un automóvil del 2267, un modelo viejo pero eficaz, de motor a doble generador y cargador ultrarrápido. Podía alcanzar fácilmente los 200 por hora, lo cual no era poco para un vehículo tan modesto como aquel.

Se apretujaron dentro y Mike le hizo arrancar con un suave murmullo.

Salieron del suburbio y se dirigieron a la zona alta, donde Kevin Parslik tenía su domicilio. El GPS inteligente les guio hasta las proximidades. Pero Lisy soltó una maldición y palmeó el hombro del conductor.

–¡Vuelve, vuelve! –exclamó.

–¿Qué pasa? –preguntó su compañero, cambiando de sentido sin prisas, para no llamar la atención.

–Los guris –dijo.

Sus dos amigos se esforzaron por localizar a los policías de los que ella hablaba, pero inútilmente. Hasta que no les señaló por la ventanilla trasera del coche un par de vehículos estacionados, no adivinaron.

–Han puesto vigilancia.

–Entonces estarán viéndonos por el satélite –dijo Carlos.

–Sí, hay que despistar.

Mike condujo hasta un supermercado nocturno y aparcaron delante. El rubio se bajó del auto.

–Compraré cualquier cosa. ¿Qué os apetece de cena, coleguis?

–Como vamos a tener que dar un par de vueltas de más, algo con substancia –respondió ella.

Pasaron las restantes tres horas devorando una pizza y dando vueltas a las discotecas. Cuando pensaron que el satélite les habría olvidado, pusieron rumbo al apartamento de la chica, donde los dos científicos les esperaban.

Lisy entró primero, y dejó su bolsa sobre una silla.

–Te han puesto vigilancia en el piso, genio –dijo a Parslik, que parecía preocupado.

–Era de esperar –comentó Bansky.

–Te conseguiremos lo imprescindible y seguiremos el plan. No podemos perder tiempo.

–No importa, tengo una varita mágica. Es que me gustan mis cosas –repuso el físico.

–Pues tendrás que acostumbrarte.

Carlos ya estaba enfrascado en el ordenador. Pasó una tarjeta por un terminal lector y se la tendió a Parslik:

–Todos tus fondos han pasado a esta cuenta opaca. Ahora no podrán detectar tus gastos.

–Me temo que eso durará poco. El gobierno tiene muchos medios, más que nosotros –indicó Lisy.

–Lo sé, no soy memo. Pero repetiré la operación las veces que haga falta. Hay un sistema para evadir esa vigilancia, pero requiere un tiempo. De momento, tu dinero está a salvo.

–No me has entendido –dijo el científico, sacando su varita de hipercuerdas y señalando hacia la papelera –. No hay ahí nada importante que desees conservar, ¿verdad? –preguntó a la chica.

–Pues claro que no, ¿no ves que es una papelera?

–Por si acaso...

Murmuró unas palabras a su varita y, con un leve destello, el contenido de la papelera se convirtió en papel moneda, y la propia papelera sintética pasó a formar un montón de tarjetas de crédito.

–Están sin grabar. Puedes usarlas para tus maniobras oscuras de hacker –dijo.

–¡Guay! –exclamó Carlos. Mike se limitó a abrir los ojos como platos.

–Ahora entiendo por qué te persiguen –dijo ella.

–Oye, tío, ¿podrías repetir el truco con ese paquete de folios en blanco? Me gustaría conservar algún recuerdo tuyo cuando te hagamos

desaparecer –bromeó Mike.

Sin embargo, Parslik tenía poco sentido del humor, así que señaló al paquete y murmuró su 'conjuro'. Para sorpresa de todos, excepto él y Bansky, apareció en su lugar un montón de billetes de curso legal.

–La numeración estará duplicada, pero dudo que nadie se dé cuenta –dijo.

Esta vez los demás se abstuvieron de comentarios. Carlos cogió el fajo y trató de calcular la cantidad.

–¡Es una fortuna! –exclamó.

–Centrémonos –intervino Lisy–. Tenemos poco tiempo. Quizá el satélite no nos ignoró del todo.

–Bueno, tío listo, coge esta bolsa de viaje y haz tus trucos –dijo Mike.

–Necesito materia prima. ¿hay algo de basura por aquí?

Mike le llevó al callejón, mirando a ambos lados para asegurarse de que no les vigilaban. Kevin Parslik utilizó su invento para obtener rasuradoras automáticas, gel de baño y unas cuantas piezas de ropa interior.

–¿No te da asco? –preguntó Mike.

–Oh, no. La operación forma material nuevo y limpio. No hay problema.

El otro se encogió de hombros.

Los demás estaban llenando sus bolsas. Quizá iban a ausentarse un tiempo. Bastante, si tenían problemas con los militares.

Salieron en silencio, encaminándose a la bocacalle que daba al callejón, donde Mike había aparcado el utilitario.

–Estaremos un poco estrechos –comentó Mike mirando las bolsas de viaje.

–Creo que habéis comentado algo de un seguimiento por satélite, ¿no?

–preguntó Parslik.

–Posiblemente al acercarnos a tu piso nos detectaron–respondió ella.

–Entonces, creo que procede transformar ese... ese trasto vuestro –dijo él sonriendo y empuñando la varita.

–¡Aquí no! –exclamó Carlos–. Lo llevaré al callejón.

Una vez a salvo de miradas indiscretas, Parslik señaló al vehículo con su aparato maravilloso y murmuró un modelo de coche que le gustaba especialmente. Puestos a pedir...

Esta vez el resplandor fue más intenso. El metal del vehículo se alargó y tomó una forma aerodinámica y artística. Un modelo del 2270, todo un clásico para los amantes de la moda vintage.

Mike, Carlos y Lisy no daban crédito a sus ojos. Claro que, tras hacerse ricos a costa de un paquete de folios, no deberían haberse sorprendido tanto. Pero la presencia del automóvil era estupenda, capaz de admirar a cualquiera.

–¿No será demasiado llamativo? –comentó Bansky, rascándose su media calva entre los pelos lacios que le quedaban.

Los demás le miraron ceñudos:

–¡No seas aguafiestas! Además, buscan un coche pequeño y cutre –dijo Lisy.

–Dale –dijo Carlos. Bansky suspiró.

Finalmente, montaron y salieron del callejón hacia...

¿A dónde?

–¿Dónde vamos? –preguntó Parslik.

–Hay que poner a salvo el invento –respondió Bansky– y estos chicos saben cómo.

–No somos tan chicos –intervino Carlos un tanto molesto–. Que si somos demasiado jóvenes para ser hackers, que si somos chicos... ¿Nos hemos metido nosotros con vuestras calvas o..?

–Vale, perdón, no me refería a la estatura. –Bansky levantó las manos en gesto de paz–. Estos peligrosos delincuentes de menos de treinta años saben dónde resguardar tu invento –rectificó. Carlos soltó un bufido y Lisy una risita cristalina. Mike les miró brevemente mientras conducía.

–Pues allá vamos –dijo Parslik.

El suburbio conectaba con el centro de la metrópoli mediante una vía rápida, pero Mike condujo en dirección contraria, saliendo de la megaciudad.

–Un control androide –dijo Mike.

Una fila de vehículos detenidos les obligó a parar, y pudieron ver las luces rojas y azules del control. Unos cuantos androides policía verificaban las matrículas y la documentación, pululando entre los coches.

–¿Ese cacharro tuyo sabe falsificar documentos? –preguntó Lisy.

–Debería introducir los datos en el ordenador. No se me había ocurrido hacerlo. Ahora no podría.

–Vaya, un inconveniente... –suspiró ella.

La fila de vehículos en progresión les acercaba lentamente al área inspeccionada por los androides. Los prófugos se estaban poniendo nerviosos.

–¿Alguna idea? –preguntó Lisy.

–Quizá –respondió Parslik con una sonrisa.

–Pues mejor nos la explicas rápido –urgió la chica.

–Calma –dijo él.

Uno de los androides llegó hasta ellos y su voz metálica solicitó la documentación, mientras sus ojos enfocaban al interior. Lisy miró a Parslik, y Carlos y Mike empezaron a soltar sus cinturones, mientras sus manos se posaban sobre el cierre de las puertas, prestos a escapar. Bansky inspiró profundamente, contemplando sorprendido la sonrisa de su amigo.

Parslik señaló al androide con su invento, mientras murmuraba instrucciones. De repente, el droide pareció volverse loco y luego, se detuvo rígido. Otro de los androides caminó hacia ellos, mientras su arma salía por una compuerta de unos quince centímetros.

Pero no llegó a acercarse. la varita también hizo su trabajo con él.

–Cerebro plano, reset total. Debemos abandonar este coche antes de que nos identifiquen. Al menos a vosotros; yo ya soy un fugitivo, pero todavía no tienen vuestras identidades.

–Vale, ¡rápido! –exclamó Lisy, y todos salieron a la carrera, mientras otros droides se apresuraban tras ellos.

Parslik les indicó un recodo donde quedaban temporalmente fuera de su vista y, antes de que comprendieran, les fue transportando fuera de la zona con su varita. Cuando sólo quedó él, hizo lo mismo.

Las coordenadas que había susurrado en su 'conjuro' se las sabía de memoria: eran las que utilizó la primera nave interplanetaria que pisó la Luna. Todo físico romántico conocía las coordenadas de Cabo Cañaveral.

Había cambiado considerablemente. En el siglo 23 era un parque temático muy visitado de la Zona Dos, pero a esas horas contaba con que estuviera desierto.

Los otros se sintieron confundidos al principio. Bansky lo comprendió cuando percibió la figura de las primeras torres de lanzamiento de los rudimentarios Apolo V destacándose en la noche, bellamente iluminadas

como la atracción turística que eran.

–Estamos en Cabo Cañaveral –dijo en tono divertido.

–¿Qué mejor lugar que este? –respondió su amigo–. Seguidme –concluyó, avanzando con paso seguro hacia las brillantes torres.

Poco a poco y con precaución, llegaron hasta los hangares, edificios inmensos de cemento, que habían sido restaurados tras haber sido abandonados durante decenios en favor de otros puntos de despegue más apropiados a la tecnología contemporánea.

Los operarios de mantenimiento circulaban en pequeños vehículos eléctricos o caminando en grupos, y los prófugos tuvieron que ocultarse varias veces en las sombras proyectadas por los grandes focos, muchos de los cuales estaban ahora apagados. Finalmente, llegaron hasta una puerta de servicio. Parslik parecía conocer muy bien aquel lugar.

Sacó una llave y abrió.

–Adelante –dijo.

Subieron por una escalera iluminada por leds hasta una gran sala.

–El puesto de control y recepción de datos. La distancia entre Cabo Cañaveral, Florida, con sus rampas de lanzamiento y el lugar donde se comandaba toda la operación, en Houston, Texas, es de 1441 km. En esta sala se centralizaban los datos enviados desde allí. Está un poco polvorienta, pero nos servirá.

–¿Para qué? –preguntó Lisy.

–Me gustaría cargar datos en mi varita. Pueden hacernos falta.

–Me temo que cuando este centro estaba en uso, no existían los USB modernos. Ni siquiera los primeros USB –terció Carlos.

–Ah, vaya, tienes razón.

–No importa, genio despistado –intervino Mike–; tenemos solución para

eso.

Comenzó a sacar instrumentos de su bolsa. Luego buscó el ordenador central, y procedió a desatornillar una cubierta metálica. Rebuscó en su interior, mientras Carlos se situaba detrás con una linterna de mano. Entre los dos eligieron unos cables de colores que tenían conexiones de plástico y empalmaron a ellas una extensión USB de última generación. Finalmente, les costó unos diez minutos encender el ordenador. Al parecer, debían utilizar una llave maestra para acceder al encendido, pero la varita de Parslik tenía los datos, y un cenicero de metal terminó proporcionando materia prima para la llave adecuada.

La pantalla se iluminó, unas decenas de líneas de comandos cruzaron la misma a toda velocidad y apareció el logo de la NASA. El terminal solicitó una contraseña.

Todos miraron a Parslik, que dirigió la suya hacia Bansky.

–No problema, eso ya es historia. –Y el ingeniero informático tecleó la contraseña.

El programa se desplegó ante ellos.

–Ya puedes conectar tu invento al USB –dijo Carlos, y el físico le obedeció. Luego, comenzó a teclear solicitando datos, y guardándolos en su varita.

–He localizado varios miles de documentos de identidad y pasaportes que nos pueden servir. Ahora ya podemos evadir los controles.

–Guay –dijo Lisy con satisfacción.

–Sí, pero he de cargar la varita –añadió.

–¿Y eso cuánto es? –preguntó ella.

–Unas cinco horas. Luego tendrá varios días de autonomía.

–¡Cinco horas! ¡Amanecerá y nos descubrirán al abrir el parque! –exclamó ella.

–Esta sala está protegida contra turistas. Es patrimonio de la Ciencia, y sólo se visita en ocasiones especiales. Estamos a salvo.

–Umm, no sé... –murmuró Carlos.

Media hora después, Bansky estaba enfrascado en las entrañas del sistema operativo que había llevado al ser humano a la Luna, ida y vuelta, con algún susto entremedio; Lisy, Carlos y Mike manejaban sus tablets manejando un programa de la zona oscura de Internet y Parslik estaba sentado en el suelo, con las manos colgando de sus rodillas. Tenía un cierto aire adolescente, a pesar de su edad.

Lisy dejó a sus amigos jaqueando una cuenta vieja y cerrada de la antigua NASA por pura curiosidad, y se acercó a él.

–¿Qué haces? –preguntó.

–Pienso.

–Ya, pero qué.

Parslik la miró con cierta sorpresa.

–Nada en concreto.

–Cuando alguien dice eso, es que está pensando en algo íntimo. ¿Tienes esposa?

–No.

–¿Te da miedo abandonar tu vida anterior? Porque eso es lo que estás haciendo, te guste o no.

–Cuando me llamó el general, ya suponía que esto pasaría. No, no es eso. Siento melancolía. Inconcreta. Sin causa.

–Siempre hay una causa. Con esa varita, eres como una deidad antigua. Es una gran responsabilidad.

–No pienso usarla, excepto si no hay remedio. Creo que sería mejor destruirla.

Suspiró.

–No creo. La de cosas buenas que puedes hacer con ella. ¿Imaginas convertir toda la basura del Tercer Mundo en comida, ropa, ordenadores, casas, coches, puentes, barcos, ¡agua!... Yo qué sé.

–Parece bonito. Pero hay quien la convertiría en cañones, armas, munición, cadenas, grilletes, botas de uniforme... y todo eso.

Lisy le lanzó una mirada luminosa y un poco triste.

–¿Y tú? –preguntó él– ¿Tienes familia?

Ella señaló a sus colegas.

–¿Y tus padres?

–Murieron. ¿Recuerdas el accidente nuclear de la Zona Cuatro? Ellos trabajaban allí. El gobierno me trajo al cuidado de un familiar... Bueno. No era de fiar. Tuve que huir.

–¿Y de qué conoces a Steward? –preguntó él de nuevo, evitando un tema que era evidentemente desagradable para la chica.

–Bueno, él es informático, como nosotros.

–Bueno... No es lo mismo –protestó Parslik.

–Oh, sí. Los bites son bites, no tienen color. Hay que conocer la Internet oscura lo mismo que la otra para saber manejarse. Bansky recurrió a nosotros hace varios años, debido a ciertos problemas con un cracker, un pirata malo. Le estaba robando todo su trabajo. Le dimos un escarmiento.

Lisy sonrió, y a Parslik le pareció una sonrisa encantadora.

Las horas fueron pasando. Los jóvenes empezaron a sentir la presión del riesgo. Se preguntaban qué estaría pasando fuera, si ya habrían abierto el parque temático, y si habría sorpresas desagradables. A pesar de sus afirmaciones tranquilizadoras, el físico también examinaba el indicador de carga de su invento, impaciente por verlo a máxima potencia y poder salir de allí.

La varita podría transportarlos uno a uno, pero no sabía con certeza cuál sería la tolerancia de un organismo a tales traslaciones repetitivas, y

preferiría abandonar el parque en la forma tradicional.

Lo cierto es que no había tenido tiempo para realizar pruebas exhaustivas y suficientes para estar tranquilo en ese punto.

Bansky se había sumergido en una labor de arqueología informática de primera línea, pues examinar los primitivos equipos del siglo XX, que, además, eran parte de la historia de la Ciencia, suponía una oportunidad única.

–Si hubiera sabido que tenías acceso a este lugar, habríamos venido hace mucho tiempo –dijo a su amigo el físico.

–En realidad es la primera vez que estoy aquí. –Bansky enarcó las cejas con incredulidad–. He realizado paseos virtuales muy a menudo desde la web del parque. Y la llave la cloné de las ilustraciones de los libros de Historia. ¡La llave maestra del director de vuelo del Apolo! Es un clásico.

–Ah... Pues es un sitio macanudo –comentó, y siguió su exploración.

Un par de horas después, Carlos y Mike estaban inmersos en un juego virtual a dos bandas, y Lisy estaba tras Bansky, observando sus labores arqueológicas cuando Parslik percibió que el led rojo de su varita pasaba a blanco: estaba cargada.

–¡Ya podemos irnos! –exclamó.

Recogieron sus cosas y bajaron con precaución la escalera. Lisy entreabrió la puerta y oteó el exterior.

–Ahora, rápido –dijo, y la siguieron los demás.

Afuera, era temprano todavía y sólo pequeños grupos de visitantes circulaban por el lugar mirándolo todo como sólo saben hacer los turistas, y nadie se fijó en ellos.

Excepto un oficial de seguridad:

–¡Eh! ¡Vosotros! –gritó. El grupo se paralizó, y Parslik ya buscaba su varita bajo la ropa, cuando el de seguridad prosiguió–: ¿No os han dicho que los equipos de mantenimiento han de salir antes de que abran el parque? ¡Anda, vamos, fuera!

Se miraron, tras asentir al guardia: efectivamente, parecían operarios de mantenimiento, más que visitantes. Suspiraron y se encaminaron decididamente hacia la salida. Un joven vestido con el antiguo mono de la NASA les saludó en la puerta.

–Hasta mañana, grupo.

–Hasta mañana –respondió Lisy con una amplia sonrisa.

Una vez fuera del recinto, en el amplio aparcamiento al aire libre, Carlos se encaró con Parslik:

–Nos debes un auto. Uno bien bonito, como el Mercedes que teníamos.

–Veré qué puedo hacer.

No le parecía ético transformar cualquiera de los coches allí aparcados, de forma que estuvo buscando una masa de material adecuada. Era más simple si ya era metal, pero no era imprescindible: la reorganización de las hipercuerdas se podía conseguir con cualquier masa. Así que fueron hasta un extremo del aparcamiento y el físico señaló con el invento hacia un lugar vacío de terreno. Tras formular su 'conjuro', apareció un hueco en él, y un auto en su interior.

–Vaya, cualquiera lo saca de ahí –comentó Bansky.

Parslik se frotó el mentón y sonrió:

–Es cuestión de volumen y densidad –dijo, aplicando su varita a transformar la tierra bajo el auto en un tipo de espuma sintética expandida, que ocupaba mucho espacio con poca masa. Esta vez, el coche quedó a nivel del suelo, sostenido por el mayor volumen de la masa expandida.

Sin más comentarios, se subieron al coche, que olía a nuevo, y salieron de allí a toda prisa.

Cuando ya iban circulando por la vía rápida, camino de dondequiera que le llevasen aquellos hackers, Mike miró al científico:

–Parslik, ¿cómo no se te ha ocurrido meter energía directamente en la varita? Nos habríamos ahorrado unas cuantas horas de riesgo.

–Eso es imposible. La propia energía no puede actuar sobre el sistema energético del aparato. Se crearía una especie de bucle infinito, una alteración espaciotemporal. Los resultados serían catastróficos.

–Pues haber creado una segunda pila, hombre –añadió Carlos sonriente.

–La pila interna no es extraíble. Esas pilas fuera de sus aparatos dan muchos problemas de seguridad. Pero gracias por la sugerencia.

Lisy soltó una carcajada cristalina.

–Por cierto –siguió el físico–, ¿a dónde vamos?

–Esos militares tienen tu identidad. No basta con darte papeles nuevos, te hemos de ocultar. Y poner a salvo ese invento tuyo. Tenemos unos conocidos en la frontera que pueden hacer ambas cosas –respondió Lisy.

–Espero que sean algo más que unos conocidos –murmuró Parslik preocupado. Le daba la sensación de estarse introduciendo en un laberinto impredecible.

La frontera era el término que daban al territorio entre dos Zonas. La amplitud de las cuales impedía que toda la organización centralizada en el Gobierno de Zona se aplicase cabalmente en los territorios limítrofes. Había quien consideraba que eso era una ventaja. Personas amantes de la libertad, por ejemplo.

Las fronteras eran tratadas en la práctica como tierra de nadie, pues nadie se hacía responsable de lo que sucediera allí. En realidad, se sospechaba que los propios gobiernos de zona se aprovechaban del relativo caos que

reinaba en esos territorios, donde la ley era 'flexible', y por eso existían.

El auto se desvió de la vía rápida y tomó una carretera secundaria, y comenzaron a ver vegetación. Al poco, Mike detuvo el vehículo.

–Hemos de seguir a pie –anunció.

Una vez hubieron abandonado el coche, el chico lo ocultó lo mejor que pudo tras unos árboles y matorrales.

Los dos científicos miraban asombrados la lujuriosa vegetación que dominaba el paisaje.

–¿Qué? ¿Nunca habíais estado en una frontera? –bromeó Carlos.

–Ni idea de que existiera tanta naturaleza fuera del centro de zona –respondió Bansky.

–*Sois unos ignorantes, con toda vuestra Civilización* –citó Lisy.

–¿Eh? –exclamó Parslik.

–Es una frase de un sabio de hace siglos. No recuerdo de quién.

Caminaron hasta que la carretera terminó en un puesto de vigilancia. Unos pocos policías perdían el tiempo charlando o consultando sus terminales portátiles.

–Policías expedientados y castigados aquí. No suelen tener buenos modales. Mejor que no te identifiquen, o puede que no llegues vivo a ningún juzgado. Ni nosotros.

Parslik y Bansky tragaron saliva.

–¿Creíais que huir del gobierno era un juego? –Carlos se les quedó mirando.

Nadie respondió a eso.

Una alambrada recorría todo el campo visual ante ellos, impidiendo el paso fuera del control.
Sabían, además, que había otros sistemas de detección dispersos por el terreno, y sobre los árboles. Eran la última barrera del orden organizado antes del territorio fronterizo.

Los tres jóvenes parecían saber bien lo que tenían que hacer.

Carlos sacó su tablet y, según pudo percibir Bansky, entró en el sistema de seguridad, seguramente jaqueado por anticipado. Mientras, Lisy envió una señal telefónica, y Mike buscaba en el terreno colindante con la alambrada.

Finalmente, encontró un hueco que estaba disimulado con tierra. Estiró hacia arriba el alambre y abrió una entrada irregular en él.

–Esto ya está –dijo a los otros.

–Y esto –dijo Carlos.

–Pues a hacer de topos –urgió Lisy.

Pasaron arrastrándose bajo la alambrada. Cuando estuvieron todos al otro lado, Mike volvió a colocar el alambre y disimuló el hueco con tierra.Se ocultaron tras un árbol y Lisy consultó su terminal. A los pocos minutos, silbó suavemente, y se escuchó una respuesta en el interior de las matas.

–Por allí –dijo, y abrió la marcha en la dirección del silbido. Los demás la siguieron.

A los pocos metros, al rodear un árbol, dos muchachos les saludaron. Uno era alto y con aspecto etíope de la Zona Uno. Se llamaba Kuru. El otro parecía provenir de la Zona Dos, sus ojos estaban rasgados y sus pómulos eran prominentes. Su nombre era Jiang. Lisy hizo las presentaciones muy brevemente, y todo el grupo se encaminó por entre la vegetación tratando de no hacer ruido.

Caminaron por entre los árboles y las hierbas durante unos veinte minutos, hasta que se hizo un claro y vieron un transporte multifunción pintarrajeado con dibujos y tags diversos.

Un transporte multifunción, apodado *multi*, era la denominación de una pequeña furgoneta que podía elevarse hasta cien metros por el aire. En el centro de las zonas estaban prohibidos a particulares, pero en la frontera eso no se aplicaba, al parecer.

Les invitaron a subir y Kuru tomó los mandos. Con un suave resoplido, el aparato se elevó sobre la vegetación y emprendió un vuelo casi rasante en dirección al interior del territorio fronterizo.

Poco después, el multi descendió en lo que parecía la entrada a una mina. Pero esa sensación desapareció en cuanto llegaron frente a ella y vieron una ancha puerta blindada dotada de cerradura digital de seguridad.

Jiang la abrió y se metieron dentro, el multi incluido.

–Chicos, bienvenidos a Tierra Libertad –dijo un sonriente Kuru.

Ese lugar estaba poblado por unos cuantos cientos de personas de todo origen y condición, y consistía en habitáculos excavados en la piedra a lo largo de multitud de corredores a modo de calles, con ocasionales placetas decoradas con plantas y con fuentes de agua cristalina.

Caminaron entre sus habitantes hasta un espacio amplio y bien iluminado, donde unas construcciones se alzaban en su centro.

–La alcaldesa os recibirá de inmediato. Esperad aquí –anunció Jiang, entrando en uno de los edificios.

Al poco, salió y les hizo señales.

–Vamos –dijo Kuru.

El edificio era una extraña mezcla de austeridad y elegancia. También era funcional, adaptado a las circunstancias. Entraron directamente en una sala amplia, donde pudieron ver una mesa y sillones sintéticos en el centro, rodeada a cierta distancia de otras donde parecían llevarse a cabo las actividades de gobierno del lugar.

Kuru les condujo, seguidos por Jiang, hasta la mesa central, donde una mujer de mediana edad les recibió, levantándose y saludando

educadamente. Carlos, Mike y Lisy guardaron respetuoso silencio. Aquellas gentes eran como héroes y heroínas para ellos, sus contactos en el centro de zona.

–Bienvenidos a nuestro territorio libre –dijo–. Me llamo Kiara. Espero que su estancia sea agradable y todo lo cómoda que es de esperar en un lugar como este.

–¿Y qué lugar es este? –preguntó Parslik. La alcaldesa sonrió.

–Somos un grupo de personas al margen de lo establecido. Por alguna razón, todos hemos tenido que refugiarnos aquí. Existen otros territorios libres en las fronteras de otras zonas. Es por esta razón que podemos ayudarles.

–¿Planean algún tipo de rebelión? –preguntó de nuevo el físico, suspicaz.

–No, no. La Historia demuestra que es inútil. Nuestra filosofía es la del injerto, no la de la poda, no sé si me explico. Nos limitamos a hacer crecer lo que es mejor. A protegerlo, como ahora haremos con su invento. Ya me han hablado de esa maravilla técnica –. La alcaldesa Kiara dudó un instante, antes de continuar– ¿Podríamos ver una demostración de su poder?

–¿Qué se le ocurre?

–Mi bolígrafo* se ha agotado. ¿Podría hacerme uno nuevo? –. Sonrió con cierta picardía, y, por un momento, pareció volver a ser la niña que alguna vez fue.

*(*Los instrumentos de escritura del siglo 23, tanto digital sobre terminales, como sobre material físico, seguían llamándose bolígrafos, por alguna razón ignota. Los más sesudos eruditos afirmaban que tal persistencia de la palabra a lo largo de los siglos se debía a la fealdad e incorrección ortográfica que la palabra* escribidor *suponía).*

–Sin duda. Pero necesito una cantidad de materia similar, para la transformación. Nada surge de la nada, ya lo sabe usted –indicó el científico.

–¿Servirá el viejo? –respondió ella, señalando a un bolígrafo que estaba sobre la mesa. Era un modelo bastante sofisticado de *escribidor informatizado*, con varios usos. Pero un modelo antiguo, como pudo ver Bansky, más al tanto de esos adelantos. Seguramente sus circuitos se

habían fundido por el uso. Era frecuente.

–Claro –. Y Parslik procedió a utilizar su varita.

Con un leve destello, un bolígrafo casi igual se superpuso instantáneamente al viejo. Pero brillaba como recién fabricado. El físico realizó un gesto de ofrecimiento con su mano abierta, como si de un nuevo Merlín se tratase.

Kiara lo tomó y escribió unas líneas sobre un documento que, sin duda, había dejado a medias.

–¡Excelente! ¿Es un nuevo modelo? –preguntó.

–Supongo. Actualicé la varita hace poco, y los instrumentos de uso cotidiano se actualizan automáticamente.

–Bien. Kuru les mostrará sus aposentos. Esta tarde habrá una reunión del Consejo Rector y les pido su asistencia. Básicamente, hablaremos de su situación, y de cómo proceder.

Los recién llegados asintieron y la alcaldesa Kiara les apretó la mano sucesivamente. Luego, Kuru y Jiang les invitaron a salir del edificio.

Caminaron por aquellas calles que albergaban las viviendas y llegaron hasta una de ellas. Los dos *terralibres*, como se denominaban a sí mismos aquellos pobladores, les comunicaron que se instalarían allí hasta que el Consejo decidiera lo contrario y luego salieron, dejándoles ahí.

La vivienda tenía tres dormitorios, un baño y una cocina, además de una sala de estar. Tenía cortinas de tela colorista sobre rectángulos tras los que lucía una luz que simulaba la natural. Pudieron ver que, a pesar de la austeridad reinante y la economía de medios necesaria, pequeños adelantos que hacían la vida más agradable surgían en los rincones más insospechados de la construcción.

Había en la sala de estar un sistema completo de comunicaciones dotado de altavoces ambientales y dos terminales de 20 pulgadas estándar, unos 50 cm antiguos. También había sillones y sillas cómodas, y dos mesas, una de comedor y otra pequeña.

Inmediatamente, Banski buscó la cocina. El robot sintetizador era un modelo viejo, pero parecía limpio y en funcionamiento. Se trataba de un mueble empotrado con horno y una tapa metálica que cerraba el espacio de sintetización alimentaria, donde el ingenio organizaba los componentes alimentarios en suculentos platos. El horno era imprescindible para aquellas personas amantes de cocinar por sí mismas sus platos.

–Hagamos una prueba de este trasto viejo –dijo el informático, sonriente y manipulando ya los mandos.

La típica musiquilla de espera sonó suavemente, y una luz de progresión mostró en la pantalla el tiempo restante. A los pocos minutos, Banski abrió la portezuela y un estimulante olor invadió sus fosas nasales.

–Bien, hagan lo que quieran, yo voy a alimentarme –exclamó, sirviendo el alimento en una bandeja y llevándolo a la sala de estar.

Al poco, consiguieron encontrar cubiertos y unos manteles sintéticos, y todos se unieron al banquete.

–Aquí hay bebidas isotónicas –comunicó alegremente Lisy, llevando un par de botellas grandes a la mesa recién preparada.

Y, sin más ceremonia, comieron.

Pasaban amigablemente la sobremesa en charla distendida. Bansky ojeaba un libro sobre plantas medicinales, escuchándolos, cuando Kuru entró tras dar un par de golpes leves en la puerta.

–El Consejo está reuniéndose. Les espero fuera, vayan preparándose.

Eso hicieron y se reunieron con el terralibre en el exterior.

En un edificio situado junto al que había albergado su encuentro con la alcaldesa, en una gran sala dotada de escaños cómodamente forrados, el Consejo Rector de Tierra Libertad esperaba ya a los forasteros.

La alcaldesa Kiara les presentó al Consejo y luego se levantó un hombre de unos cincuenta años y pelo cano, con mirada aguda y aspecto un tanto fiero:

–Consejero Carlos Alberto –dijo, poniendo su mano sobre el pecho a modo de presentación, con cierto acento meloso–. La cuestión es qué hacer.

Kiara sonrió, acostumbrada al histrionismo del consejero, que prosiguió, tras haber logrado su golpe de efecto.

–Tiene usted, señor... Kevin –. Paseó su mirada por los dos científicos, sin saber exactamente quién era Parslik– ... Tiene usted, digo, un aparato extraordinario y ha llegado hasta nosotros esperando amparo y protección.

Parslik se sintió molesto.

–Señor Carlos Alberto, no he solicitado ni una cosa ni la otra. Estos jóvenes dijeron que podían ayudarme. Ni siquiera sabía que ustedes existían.

El consejero fijó ahora su mirada sobre él.

–Ya, ya, bueno –. Movió su mano como espantando moscas–. El caso es que están aquí y tenemos que tomar una decisión sobre ese invento suyo, que tantos problemas puede traer, pero también tantos beneficios. Solicito que el Consejo de Tierra Libertad lo tome en custodia hasta decidir qué acción emprender.

Hubo murmullos.

Lisy se removió nerviosa, y sus dos colegas se miraron.

–No es eso lo que deseamos –dijo la muchacha, sin esperar que le concedieran la palabra–. Lo que queremos es que nos den refugio hasta que podamos comunicarnos con el resto de territorios fronterizos. Pueden ustedes comunicarse con ellos, ¿verdad? –preguntó mirando a la alcaldesa Kiara.

–Cierto –respondió esta.

–Bien, eso solicitamos –terminó Lisy.

Parslik, Bansky, Carlos y Mike asintieron, conformes con sus palabras.

Una mujer de edad bastante avanzada se irguió en su escaño. Se hizo el silencio.

–Consejera Eithne –dijo, poniendo su mano sobre su pecho–. Señorita...

–Lisy –respondió. A pesar de haber sido presentados, nadie parecía recordar sus identidades.

–Bien, Lisy. Da la sensación de que eres la líder del grupo –. Hubo alguna risa, y Parslik se sonrojó–. No deben reírse, no tiene nada de particular que una chica emprendedora sea líder de dos genios científicos y dos mocetones–dijo con ironía–. ¿Cuál es tu intención si es que nos comunicamos con los territorios fronterizos?

–Mis dos compañeros y yo queremos poner el invento de Parslik al alcance de todos los territorios. No huimos del Ejército para ponerlo en manos de particulares. Ha de ser patrimonio de todos. Puede convertir la basura en comida, en agua, en materiales de educación o construcción. Puede revolucionar la vida sobre la Tierra.

–De eso estoy segura –afirmó la consejera, suavizando su tono y su gesto – ¿Y cómo haríamos eso?

–Los territorios deberían destacar aquí a especialistas capaces de investigar la utilidad del invento. Y coordinarse entre ellos.

–Me parece una buena opción –dijo la consejera Eithne, sentándose.

–Recuerdo que una vez ya hicimos algo parecido, cuando iba a caer el asteroide 2153BE11. Los territorios fronterizos nos unimos para organizar la emergencia, junto con los centros de zona –comentó Kiara en voz alta para que todos la oyeran.

–¿Piensan que el Ejército se va a mostrar encantado de perder el control de este invento? –preguntó un hombre de corta estatura y prominente estómago, con un gran bigote bajo su nariz.

–No sabemos sus intenciones. Quizá pretenden algo parecido. Quizá sólo intentan evitar que un tirano particular o un loco se hagan con él –reflexionó la alcaldesa.

–Y esperaremos sentados a ver si sus tanques voladores disparan o no –ironizó el consejero Carlos Alberto.

–Yo no –dijo Lisy.

Se hizo el silencio.

Parslik se sintió como un juguete en manos de todos. Incluso Lisy había dicho: *"Mis dos compañeros y yo"*, y se refería sin duda a Mikel y Carlos, no a Bansky y a él, que eran los principales protagonistas del evento... ¿O ya no? Sin embargo, no podía negar que la chica tenía buenas ideas. Miró al robusto y medio calvo Bansky, que se encogió de hombros.

Aprovechando el silencio momentáneo, Lisy prosiguió:

–Ustedes ocúpense de reunir a los científicos, que nosotros nos ocuparemos del invento, ¿verdad, Kevin?

Le miró esperando una confirmación a sus palabras. Parslik sintió que ella se jugaba su flamante liderazgo con su respuesta. Pero era honesta: ponía en sus manos la decisión acerca de la varita de hipercuerdas.

–Por supuesto.

Ella le sonrió, agradecida.

El hombre de gran estómago y bigote, se levantó:

–¡Propongo que decomisemos ese invento! –exclamó.

Bansky, que había captado el protocolo del lugar, alzó la voz:

–Perdón, ¿con quién tenemos el gusto de hablar?

Se volvieron a escuchar unas risas, esta vez a mayor volumen.

–Consejero, haga el favor de presentarse, según la costumbre –ordenó Kiara.

El aludido frunció el ceño, pero se sometió.

–Consejero Brais –. Se llevó la mano al pecho.

Eithne se levantó:

–La noble tradición de esta tierra de libertad es respetar los derechos y la integridad de las personas, así como su patrimonio. Me niego a romper

esta tradición, que es de derecho consuetudinario, bien arraigado y aceptado.

El resto del Consejo prorrumpió en aplausos, excepto una reducida minoría.

–Votación a mano alzada –exigió la alcaldesa Kiara–. Quienes estén a favor de la propuesta del consejero Brais, que levanten la mano.

Un puñado de manos se elevaron.

–Quienes acepten las condiciones de Lisy, que levanten la mano.

La inmensa mayoría alzaron sus manos.

–Declaro que el Consejo ha decidido. El invento seguirá en manos de su propietario.

Una suave ovación celebró estas palabras.

Cuando Kuru acompañó al grupo al exterior y les despidió, Parslik se encaró con Lisy:

–¿Y bien? ¿Ahora qué?

–Lo primero es llevar esa varita a un lugar que sólo tú conozcas. Emm... ese invento tuyo, ¿podría replicarse a sí mismo?

–¿Crear otra varita? –preguntó atónito Parslik. Bansky y los demás se mantuvieron expectantes.

–Eso mismo.

–Bueno... en realidad... Su ordenador tiene todos los datos sobre sí mismo. Si la hace aparecer descargada... Quizá sí. No se me había ocurrido.

–Pues razón de más para esconderla –concluyó ella.

–Chica lista –dijo Carlos.

–Y tanto –añadió Mike.

El grupo marchó hacia su vivienda, para planear el siguiente paso.

Desde que Bansky la llamó, lo tenía planeado. En cuanto le habló del invento, supo ver las posibilidades, y también los peligros.

Lisy, chica lista.

Tierra Libertad no era el único territorio fronterizo en aquella zona, sólo el más organizado. Ellos necesitaban esa capacidad de organización, esa apariencia de seriedad, para convencer a las zonas y a los demás territorios fronterizos.

Pero no se fiaba un pelo, y el consejero Brais había confirmado sus temores: siempre habría una minoría dispuesta a imponerse, a robar, a matar, incluso. Si lo que estaba en juego era mucho, ya fuere por motivos altruistas o egoístas, habría alguien dispuesto a alzarse para vencer y aprovecharse.

Por eso necesitaban también de la desorganización, el caos, la anarquía forzada por las circunstancias. Grupos donde nadie tenía el poder para someter a los demás. Y de esos había de sobra en los territorios fronterizos. Eran, de hecho, su misma esencia.

Cuando Lisy habló con Carlos y Mike, inmediatamente estuvieron de acuerdo en recurrir a sus colegas dispersos. Las tecnologías, pese a todos los controles, ofrecían la vía de contacto, y ellos tenían colegas por todos los territorios.

Carlos había emitido ya una alerta, al estilo de los desheredados, que había recorrido el mundo. Naturalmente, nadie sabía el motivo, nadie había oído hablar de la varita de hipercuerdas. Sólo sabían que había algo grande que les esperaba, quizá una redención de su miseria.

La idea de mejorar el mundo había dado varias veces la vuelta a este.

Y había llegado el momento.

Durante la noche, los dos científicos, Lisy y Carlos tomaron sus bolsas de viaje y salieron discretamente. Evitaron la guardia, más bien escasa, que

patrullaba las calles, y llegaron hasta la entrada, donde se encontraron con la puerta blindada.

–El cierre es bueno, me costará un poco –dijo Carlos.

Sacó su tablet y entró en un programa sofisticado de crackers amigos de lo ajeno. Por fortuna, sus programas podían aplicarse a múltiples situaciones. Consiguió acceder al sistema de seguridad de Tierra Libertad y craqueó el cierre digital de la puerta, que se abrió con un chasquido seco. La empujaron hasta que pudieron pasar, y, al otro lado, Carlos revertió la operación y la puerta se cerró. Ninguna alarma, nada. Había sido una operación limpia.

Una vez fuera, caminaron siguiendo a la chica.

Su reloj digital marcaba los puntos cardinales y la pantalla mostraba un punto rojo, al cual se dirigían. Había introducido las coordenadas de su contacto con las pandillas. Así se llamaban: las pandillas, como si de niños se tratara. Pero eran mucho más. Eran la carne y la sangre de las zonas. La vida libre del mundo. Maleducados, muchas veces torpes e ignorantes, pero reunidos por su amistad, o por pura necesidad, que es una razón tan honesta como cualquier otra para unirse.

Caminaron gran parte de la noche, entre una vegetación en ocasiones salvaje e impenetrable. Cambiaron de ruta varias veces, pero Lisy mantenía su orientación hacia el punto rojo de su reloj (También daba la hora).

Finalmente, vieron un resplandor entre los árboles, y, al salir al claro, vieron un poblado que parecía sacado de un libro de historia: edificaciones de adobe y madera, cercados de troncos con animales descansando dentro, huertos rudimentarios, y una bandera en lo alto de un mástil: un mapache con parche de pirata en un ojo y un sable en su mano.

Habían llegado a su primera parada en el camino de las pandillas: *Mapache Pirata*

Les salió al encuentro un par de chicos, vestidos como personajes salidos de una película. Es decir, su vestuario no seguía un estilo, sino que su estilo sería aprovechar cada prenda. Sobre unas camisas llevaban chalecos de piel, evidentemente de factura artesana, y sus pantalones, anchos y cómodos, también parecían ser producto de la creatividad de alguno de ellos. Sus pelos dejaban ver la mitad de la cabeza, y la otra mitad, con media melena de la que sobresalía una coleta, adornada con abalorios. Los dos protegían su cuello con pañuelos rojos. En fin, su apariencia era bastante pintoresca.

Ambos llevaban largos cuchillos metidos en unas fundas, colgando de un ceñidor sobre su cintura.

Lisy y Carlos les saludaron con su mano.

–Somos Carlos y Lisy –presentó ella– y los genios. Nos conocéis como los Deers.

Bansky y Parslik se miraron al escuchar el apelativo. No sabían que tuvieran apodo.

–¿Estos son los sabios? –preguntó uno, señalando con cierto desprecio a los dos científicos.

–Así es –confirmó Carlos.

Los dos pandilleros parecieron relajarse un poco.

–Nosotros somos Alde y Ceris. ¿No erais tres? –preguntó el que se hacía llamar Alder, refiriéndose sin duda al grupo de jóvenes.

–Mike se ha quedado en Tierra Libertad, para mantenernos en contacto. Su consejo ha aceptado reunir un grupo de científicos, pero nos hemos traído el invento. No nos fiamos del todo de ellos.

–A ver, ¿qué invento? ¿Cuál es la sorpresa que va a cambiar el mundo, según vuestros mensajes? –exclamó Ceris.

Lisy hizo un gesto a Parslik, que extrajo el aparato.

–Es un transformador de hipercuerdas –explicó el físico.

–Chico, como si me hablas en alfacenturiano, explícate –cortó Alde.

–Todo lo que existe tiene sus características de material y forma debido a cómo se organizan sus hipercuerdas, antes conocidas como átomos, partículas... ¿me sigues? Así que si reorganizas las hipercuerdas, puedes transformar cualquier material.

–Ah, vamos. ¿Te has fumado, tío?

Bansky y Parslik se miraron.

–¿Qué tal una demostración? –propuso Lisy.

–Guay –exclamaron los pandilleros.

Parslik miró en su entorno y cogió un tronco que había cerca. Lo puso en medio del grupo.

–¿Qué necesitas ahora, qué cosa, quiero decir? –preguntó mirando a Alde. Otros habitantes del poblado se estaban congregando rápidamente, al percatarse de su presencia.

–Me vendría bien un criado androide –dijo.

Vaya, no pedía poco.

Parslik miró apreciativamente el tronco y fue a por más material. Al fin, enfocó la varita y dio las órdenes pertinentes a su ordenador.

Con un destello bastante intenso, la madera desapareció y en su lugar pudieron ver un droide standard. La varita se había comido también un poco del terreno, además de la madera.

–Está descargado, por precaución. Enchúfalo y espera a que se cargue.

Alde, Ceris y los demás pobladores no supieron qué decir. Cuando se les pasó la sorpresa, Alde hizo una señal a dos pandilleros y estos se llevaron al androide a cargar.

–Impresionante. ¿Puedes crear un chuletón? Muy hecho, con mostaza –solicitó el pandillero, que parecía actuar como jefe de los demás.

Parslik sonrió.

–Mejor encima de una mesa, ¿no?

Les llevaron, seguidos de una pequeña multitud, hasta la entrada de una vivienda cercana, en cuya puerta había un tonel a modo de mesa.

–María, saca un plato –ordenó. Una mujer entró en la que parecía ser su casa y sacó un plato de cerámica vidriada.

–Que ponga encima algo... –pidió el físico.

María volvió a entrar y puso un trozo de queso en el plato.

–Bueno, saldrá un chuletón pequeño –avisó Parslik.

–No importa, no tengo hambre –dijo escuetamente Alde.

Parslik realizó su 'truco' y el queso se convirtió en un chuletón humeante, y que olía la mar de bien.

–¿Eso se puede comer? –preguntó Ceris.

–Sin duda –respondió Parslik, invitándole a probarlo con un gesto. Ceris miró a Alde.

–Por preguntar –dijo este sonriendo cínicamente y repitiendo el gesto del físico.

María trajo unos cubiertos y Ceris partió un pedazo del chuletón y lo metió en su boca con cierta prevención. Sin embargo, al poco se comió toda la carne.

–¡Está buenísimo! –exclamó limpiándose con la mano.

–Bien, si no mueres dentro de poco, habrá quedado demostrado –dijo ufano Alde.

Ceris no había muerto. Los demás estaban sentados o recostados sobre el suelo cada cual a su manera dentro de una cabaña de madera y adobe, sobre algunos cojines o mantas, cerca de una mesa donde se veía una botella color ámbar que ya mostraba sólo medio contenido. Sobre el suelo, al lado de cada quien, unos vasos ofrecían sus reflejos a la lámpara y a la luz que entraba por los ventanales abiertos.

Bansky y Parslik se removían, incómodos. Ya no eran unos mozalbetes. Cuando ya no pudo más, Parslik se levantó, empuñó su varita y convirtió algunas mantas en dos sillas de última generación. Bansky le miró agradecido.

–Veo que ese invento puede ser muy práctico –comentó Alde.

–¿Qué nombre es ese tuyo? –preguntó Parslik.

–Un diminutivo de Aldebarán, que creo que es una estrella.

–¡Claro! Y Ceris es un derivado de Ceres, un planetoide enano.

–No, Ceres era diosa de la agricultura –respondió Ceris.

Parslik se quedó con la boca entreabierta. Ahora sí que le habían sorprendido.

–¿Conoces la mitología? –preguntó incrédulo.

–Claro –dijo solamente el chico.

–Dejémonos de tonterías. ¿Para qué habéis venido aquí y qué queréis? –preguntó Alde.

Lisy se incorporó a medias.

–Ese invento pertenece a la humanidad. A sus habitantes. El ejército lo busca. Queremos que se difunda, que se creen grupos de estudio, que los territorios libres, que siempre han sido apartados a un lado, tengan su papel en esto –respondió con ímpetu.

–¿Y qué te hace suponer que nosotros no querremos quedárnoslo?

Alde la miraba con sorna.

–Este mundo se va al carajo si no empezamos a pensar correctamente. Creí que aquí, donde hay menos a perder, tendríais las ideas más claras. Los territorios han sufrido la mala filosofía de las élites. Pensé que eso os habría aclarado las cosas –respondió ella.

Dentro de la cabaña, y en el exterior, donde se había congregado un grupo numeroso tras la comida, comenzó un rumor de comentarios. Alde paseó su mirada por los presentes, preocupado.

–Los demás territorios están preguntando constantemente sobre ese misterio que iba a cambiar el mundo. No podemos hacer otra cosa que comunicarles lo de tu invento –dijo al fin Alde, con cierta renuencia. Una vez que se extendiese la noticia, dejaría de estar bajo su control.

Pero Lisy tenía razón: los desheredados de las zonas se merecían tener voz en el destino del mundo.

–Pero temo que habrá luchas por el poder –añadió.

–Lo suponemos. Por eso necesitamos de las zonas. De los organismos mundiales, de las asociaciones humanitarias, de la opinión pública –repuso ella.

La monumental carcajada de Alde fue secundada de inmediato por gran parte de los presentes, y se extendió al público exterior.

–Me parece que no conocéis mucho a esas autoridades. ¿Se han puesto a protestar cuando el ejército ha pretendido robarte tu invento? –preguntó a Parslik el pandillero.

–No lo sabían.

–Y tú, chica lista, ¿confías en que organizaciones oficiales dediquen este aparato al bien de la población?

–Eso espero –respondió ella.

–Por eso estamos nosotros aquí, por la generosidad de los organismos oficiales. Y el resto de territorios pensarán igual. No, chica lista: alguien ha de imponer el orden. Alguien ha de hacerse cargo de ese invento –concluyó rotundamente Alde.

–Déjame que lo adivine.. ¿Y ese alguien vas a ser tú? –preguntó Bansky con ironía.

–¿Por qué no? Me fio de mí, y de nadie más. Alguien será. Mejor que sea yo.

La fijeza de su mirada alarmó a Parslik. Había conocido a un sociópata con esa misma mirada. Tenía ante sí a un dictador en ciernes, un carnicero. Alguien que no se detendría ante nada ni nadie, porque no creía en ninguna realidad fuera de la suya, dentro de su cabeza.

–Ha llegado el momento de que me lo entregues –añadió tajantemente, acercándose.

Los tenía allí dentro, y estaba rodeado de su gente. Era el momento adecuado para quitarle el invento.

Pero cometió varios errores: el primero fue dejarles sin salida. Nunca hay que acorralar a un ser con una mínima posibilidad de atacar, a menos que

quiera uno entrar en combate.

La segunda fue menospreciar a Parslik, movido por su megalomanía enfermiza. Un sabio, un habitante débil de las zonas centrales, un urbanita. Pero Parslik todavía tenía su varita.

¿Y qué iba a hacer? ¿Materializar armas descargadas?, ¿o unas espadas?

No. El físico había tenido tiempo de pensar, y tampoco se fiaba mucho de los pandilleros. La injusticia social no era el único motivo por el que estaban en territorios al margen de la ley y el orden institucionales.

Parslik conocía las macros. Son instrucciones breves con funciones predeterminadas. En los antiguos teclados, una combinación de teclas a las que se les adjudicaba un valor. Para el físico, las macros eran palabras concretas que realizaban órdenes en su aparato.

Una palabra tan simple como foto-fotó, difícil de ser pronunciada si no era a sabiendas, y apuntar su varita hacia el joven pandillero.

Toda materia no es más que luz. Toda partícula física o energética termina siendo luz.

Un destello cruzó el corto espacio entre Alde y Parslik, y, antes de que nadie supiera lo que estaba sucediendo, el pandillero se transformó en una nube de luz dorada, y luego se desvaneció.

Parslik no perdió tiempo: sujetó la mano de Lisy y se abrió paso, aprovechando la sorpresa y el miedo. Los demás del grupo les siguieron. Nadie intentó detenerles, ni quitarles la varita. Algunas armas que habían permanecido ocultas entre las ropas cayeron al suelo con ruido.

La población del mapache con un parche pirata y una espada descubrió que su bandera no era más que una bravata, y que, en realidad, eran felices descolgándose de los árboles y fumando hierba, y nadie deseaba averiguar lo que se siente al convertirse en uno con los rayos del sol.

Así, pues, el grupo de fugitivos salió del poblado pandillero sin mayores contratiempos, salvo el de no tener plan ninguno para su futuro.

–¡Le has matado!

Lisy miraba al científico como si se tratara de un animal salvaje.

–No, no. Apareció a varios kilómetros de aquí.

–No te creo. Le has matado.

Parslik bajó la vista.

–No, de verdad. Le desvanecí. Le mandé a una distancia prudencial.

La chica le miró desconfiada.

–¿Ahora qué? –preguntó Carlos. Su piel morena brillaba a la luz del atardecer.

Estaban en zona de bosques, y caminaban alejándose del poblado.

–Tal vez deberíamos volver y reunirnos con Mike –propuso Bansky. Habían dejado a su compañero con la ingrata tarea de dar explicaciones al consejo de Tierra Libertad.

–¿Y reconocer nuestro fracaso? ¡Estaremos en sus manos! –exclamó Lisy.

Nadie añadió nada. Se cruzaron miradas apesadumbradas.

Habían caminado un par de kilómetros cuando Bansky alzó su mano deteniéndoles.

–¿Qué sucede? –preguntó Carlos.

–¿No oís?

Aguzaron sus sentidos. Los ruidos del bosque eran los naturales. Sin embargo, al concentrarse, pudieron escuchar el sonido de las hojas al ser apartadas, y pisadas sobre las matas del suelo.

Esperaron, con cierto temor.

Al poco, aparecieron tras los árboles unos cuantos pandilleros. Sus ropajes pintorescos eran inconfundibles. Se detuvieron al encontrarles esperando.

Parslik sacó su invento y se previno. Algunos de los recién llegados

alzaron las manos en señal de paz.

–Calma, no dispares eso –exclamó una chica de pelo largo.

–¿Qué queréis? –interrogó Bansky, hinchando el pecho para parecer robusto en lugar de rollizo.

–Nos han explicado lo que es eso –dijo, señalando la varita con cierto temor–, y queremos ayudar. No todos somos como Alde.

Parecían sinceros. Parslik bajó el aparato.

–Y bien, ¿cómo pensáis ayudarnos? –preguntó Carlos.

–Durante estas semanas en que nos transmitieron que algo grande iba a suceder, hemos intercambiado muchos mensajes con los territorios. Hay mucha gente como nosotros, que no se fía de sus propios líderes. Habíamos creado una red de pandilleros independientes. Creo que pueden ser útiles, ¿no?

La chica era muy joven. Tenía los ojos castaños, grandes y luminosos. Y ella, como los demás que la acompañaban, les miraba esperanzada. Habían esperado una redención social, un poco de suerte, un milagro.

Y el milagro estaba ante ellos. Sólo faltaba que se pusieran de acuerdo.

–Lisy –preguntó Parslik– ¿Cuál era tu plan al traernos aquí?

Las dos muchachas se miraron, y algo, como un destello de familiaridad, de semejanza, cruzó entre ellas.

–Dijiste que ese aparato tuyo se podía replicar a sí mismo, ¿no es cierto? –preguntó Lisy al físico.

–En realidad, dije que quizá era posible.

–Si se pudiera hacer, llevaríamos una reproducción a cada territorio. La pondríamos en buenas manos, y comenzaríamos a transformarlos. Cuando vieran las ventajas, las posibilidades, sin duda nos pondríamos de acuerdo.

Parslik se lo pensó. Bansky le observaba.

–Con el tiempo, unos territorios querrán imponerse a otros –dijo, finalmente.

–Así y todo, habrán visto que mejorar es posible. Lo demás, tendremos que dejarlo al curso natural de las cosas –repuso la chica de los ojos

grandes.

Sus seguidores asintieron y soltaron afirmaciones, creando un pequeño tumulto. Parslik relajó sus hombros, aceptando lo inevitable. De una manera u otra, su invento iba a ser de dominio público. Era lo mejor. Las consecuencias ya no dependían de él.

–De acuerdo –dijo.

Los pandilleros se felicitaron unos a otros, dándose palmadas y apretando las manos de los científicos, Lisy y Carlos.

Lisy se acercó a la chica pandillera y le estrechó la mano.

–¿Cómo te llamas? –le preguntó.

–Jessy, Jessica –dijo.

–Yo soy Lisy.

Tardaron todavía unos segundos en separar sus manos.

Jessy les condujo, acompañada por su pandilla, por unos vericuetos en el bosque, alejándose del territorio *mapache pirata.*

Al poco de caminar, al atravesar un claro, Parslik se acercó a la chica, que parecía la líder indiscutible de aquel grupo:

–Jessy, sería mejor que probara la replicación del aparato en zona deshabitada. ¿Te parece?

Jessy miró en torno.

–¿Aquí?

–Es un sitio tan bueno como cualquier otro. Deberíais alejaros un poco.

La muchacha le observó, tratando de dilucidar si tenía algún plan oculto, pero terminó accediendo.

–Vale. No mueras hoy –dijo sin sonreír. No había sido una broma.

Luego, condujo al grupo a través de los árboles, alejándose un poco.

Parslik nunca había sido un héroe, al menos, no en el sentido tradicional. Las armas y la lucha no eran su fuerte. Pero un científico es un héroe en un sentido mucho menos convencional: trabajar casi sin comer ni dormir durante horas y días, monitorizar experimentos peligrosos, enfrentarse a dudas y dilemas éticos... Todo eso sí lo conocía bien.

Por ello, ni siquiera pensó que su acción fuera nada fuera de lo corriente. Morir en aquel experimento sería algo cotidiano en el trabajo diario. Y la verdad es que la curiosidad por saber si aquello era posible le impidió sentir miedo en absoluto.

Quizá un leve estremecimiento cuando, tras indicar cuidadosamente al ordenador lo que deseaba, y especificar todas las medidas de seguridad que, en adelante, de salir bien, serían obligatorias al replicar la varita, la sujetó con una mano levemente temblorosa y pronunció la palabra elegida para nombrar esa operación.

Desde los árboles tras los que se habían refugiado, los demás vieron el resplandor y escucharon un chasquido, similar al que produce una carga electrostática potente. Todo el grupo se incorporó y trató de atisbar hacia el claro: se jugaban demasiado si el experimento fallaba.

Escucharon una tos y un vacilante Parslik apareció caminando hacia ellos. Sujetaba una varita en cada mano.

Por segunda vez, el jolgorio surgió en el grupo de pandilleros y Lisy se acercó a Jessy y palmeó su hombro:

–Parece que ya tenéis una varita –dijo.

Jessy sonrió, con la profundidad de quien está perdida y ve una luz en el horizonte.

Bansky se acercó a su amigo y lo estrechó en sus brazos.

–Viejo canalla...

–Viejo lo serás tú, calvo adúltero –respondió sonriendo–, yo tengo

cuarenta años.

–Y yo. Pero estamos siguiendo a dos adolescentes. ¿No nos hace eso viejos?

Soltaron una carcajada. Luego, Parslik respondió:

–Quizá nos hace sabios.

Bansky y Carlos andaban juntos, hablando de algún tema procaz, pues sus risotadas desentonaban fuertemente de los sonidos naturales del bosque. Lisy y Jessy habían descubierto una fuerte sintonía en sus motivaciones y caminaban intercambiando opiniones, mientras Parslik andaba cabizbajo. El plan de las chicas podía naufragar por mil esquinas y por mil causas. Meditaba sobre su responsabilidad en lo que el invento pudiera desencadenar en el mundo: la guerra, la prosperidad, el caos...

Uno de los pandilleros alzó el brazo con el puño cerrado, al estilo de las viejas películas de antiguas guerras, y todos se detuvieron.

Levantando la vista de su sendero, los dos científicos, Carlos y Lisy enmudecieron. Ante ellos se levantaba un templo de piedra, viejo de milenios. Tenía forma escalonada y sus diversos niveles sostenidos por hileras de columnas se estrechaban, pero no era una pirámide. Era plano y estaba adosado a una montaña.

–Hemos llegado –dijo un chico pelirrojo y pecoso.

–Bien, Kian –dijo Jessy.

Entraron por el portón sostenido por columnas y subieron unos peldaños que se abrían al exterior en su fachada. En el segundo nivel, penetraron en el templo.

Estaba iluminado por leds y en una ligera penumbra. Luces verdes y rojas se destacaban en la misma. Cuando sus ojos se acostumbraron, pudieron percibir unas mesas modernas sobre las cuales había todo tipo de aparatos informáticos. Unos jóvenes de ambos sexos estaban sentados a los mandos de los mismos. Uno de ellos se levantó al verlos y saludó con respeto a Jessy.

–El otro hemisferio está respondiendo. Han organizado algún tipo de congreso de territorios fronterizos. Los pandilleros *Blau* y *los Tigres* están interesados en la propuesta –dijo.

–Gracias, Marc.

Parslik la miró con sorpresa.

–¿Ya están todos enterados?

–Me entretuve enviando mensajes codificados. Estos nuevos aparatos portátiles son muy eficientes –respondió, enseñando su pulsera digital. Se la acercó a la boca simulando hablar.

–Ah, vaya –murmuró él.

Lisy se les había unido para saber de qué platicaban.

El templo milenario parecía ser un cuartel general de algún tipo. Al percibir su interés, Jessy señaló a un grupo. Llevaban cazadoras sintéticas aislantes de sugerentes colores, y un parche en sus hombros. Todos iguales.

–Aquellos son de *Terra Patria*, un territorio al norte de *Tierra Libertad*. Y aquellos –dijo señalando otro grupo, vestido con largas túnicas y que portaban algún tipo de arma en sus ceñidores– son de *Asgar*, más al norte todavía. Y aquellos de allí son de *Kaonia*, cerca de aquí, frontera con *Mapache Pirata*.

–¿Es alguna especie de confederación? –preguntó Carlos.

–Mejor sería decir que somos los disidentes de los territorios. Hemos instalado aquí un club.

–¿Un club? –Esta vez fue Parslik el que preguntó.

–Un club de raros. Somos los raros del mundo, los que nadie comprende, los desarraigados –respondió ella con cierta amargura.

–Pues yo creo que sois los que mejor lo habéis entendido todo –dijo Bansky.

Jessy sonrió.

–Quizá.

Un alto y delgado chico de unos veinte años se acercó y miró a Jessy.

–¿Qué ocurre, James?

–La antena. Parece que el viento la ha movido.

–¿Y a qué esperas? ¡Sube y enderézala! –ordenó ella con inconfundible autoridad. El chico se dirigió hacia una escala de piedra y le vieron ascender hasta que la esquina del muro le ocultó.

–¿Todos te obedecen? –preguntó Carlos.

–Votamos. Alguien debe dar coherencia a todo el club. Pero también obedecen a Kian. –Jessy se encogió de hombros. Lisy sonrió.

–¿Quién tiene hambre? –dijo ella, cambiando el tono.

Todos estuvieron de acuerdo en la propuesta.

***

Mike caminó meditabundo por las calles de Tierra Libertad hasta el edificio del Consejo. Tras él, dos guardias comentaban chismes mientras le seguían.

Entraron. El organismo rector ya estaba reunido y los murmullos cesaron cuando él entró, adelantándose hasta el centro. Los guardias quedaron a la entrada y adoptaron una postura de descanso, con las manos tras la espalda.

Mike se peinó su pelo castaño con los dedos e inspiró profundamente.

La alcaldesa Kiara se levantó y saludó al estilo terralibre, con la palma sobre el pecho y una leve inclinación de cabeza. El Consejo estaba en silencio.

–Pandillero Mike –comenzó. El tratamiento le sonó a este un tanto

chocante–... Tienes un mensaje.

Kiara le tendió su tablet, que le había sido requisada tras la fuga de sus compañeros.

Con una leve vacilación, Mike se acercó y la tomó.

–Comunícate con ellos y averigua qué traman. No te habrían dejado a nuestra merced si no tuvieran un plan, ¿verdad? –dijo ella.

Mike sonrió. Por supuesto que tenían un plan. Tecleó en el aparato y abrió el mensaje. Al parecer había una modificación de última hora. Miró a la alcaldesa y tuvo la total seguridad de que ella ya había leído el mensaje, a pesar de sus claves de acceso. Así, pues, no cabía secreto.

–Van a volver, pero no volverán solos. Ahora representan a una parte de los territorios fronterizos.

–Nosotros somos los territorios fronterizos –protestó Kiara.

–Parece que no todos –dijo él sonriendo. Luego prosiguió–: El invento ha sido puesto a salvo. De alguna manera piensan hacerlo llegar a todos los territorios. Y siguen solicitando que ese grupo de científicos se reúna. Pero también con los representantes de las pandillas.

–¡Las pandillas! –Kiara cerró los puños y se envaró en su escaño– ¡Las pandillas!, gente antisocial y sin ley. ¡Nosotros somos los representantes de los territorios libres!

–Pues me dicen que hay una mayoría que se está organizando al margen. Creo que tienen ustedes que negociar –aseguró Mike. Ahora ya se sentía más seguro. Tenían el invento a salvo, eso les daba fuerza para argumentar.

El Consejero Carlos Alberto y el consejero Brais se levantaron casi simultáneamente. Kiara les cedió la palabra con un gesto. Comenzó Brais, en tono amenazador, mirando al joven:

–Te tenemos a ti. Se avendrán a razones.

–¿Ahora soy un rehén? –repuso Mike mirándole retador.

–¿Cómo que ahora? ¡Siempre lo has sido, desde que tus amigos huyeron!

–respondió Brais.

–Mi importancia en esto es relativa. Ellos tienen la varita, y no me refiero sólo a mis cuatro colegas. Los territorios pandilleros la tienen.

El consejero Carlos Alberto parecía más tranquilo. Habló con su tono melodioso:

–Vos sabés que ese invento es un tema delicado. Requiere personal disciplinado y con visión de estado para manejarlo. ¿Y si alguna de las pandillas trata de tomar el control de todos los territorios?

–Podemos preguntarles. ¿Me permiten? –solicitó Mike.

Kiara le hizo un gesto con la mano, invitándole a hacerlo. El joven tecleó en su tablet y envió el mensaje. No pasaron dos minutos hasta que llegó la respuesta.

–Les leo –dijo–: *"Parslik ha dotado a su invento de medidas de seguridad. No podrá materializar armas, ni elementos venenosos ni nada que se pueda usar para controlar grandes masas humanas. Los aparatos que se materialicen serán de utilidad pública, y, en caso de manejar energía, estarán descargados. Básicamente se trata de sacar a los territorios de la pobreza y el abandono institucional. Las propias varitas sólo se podrán replicar bajo permiso del inventor"*.

Se escuchó una carcajada femenina, y todas las miradas fueron hacia la consejera Eithne, cuya cabellera blanca se mecía bajo el ímpetu de su risa. Cuando se tranquilizó, se levantó:

–¡Bien jugado, chicos! ¡Estoy de vuestra parte! –afirmó.

Los murmullos llenaron de nuevo la sala.

Los guardias acompañaron a Mike hasta el exterior, mientras el Consejo deliberaba con los nuevos datos sobre la mesa.

Hasta el momento, los territorios organizados de la frontera habían tratado de ignorar a las pandillas, minimizando su presencia. Sin embargo, esos grupos anárquicos habían crecido exponencialmente desde unos años atrás. Y, ahora, tenían algo muy poderoso y valioso, algo que tanto Tierra Libertad como las zonas centrales deseaban.

Y lo tenían los desheredados de la Tierra, los ignorados, los apartados.

El Ejército de las Zonas lo quería.

Los territorios fronterizos lo querían.

Los líderes de las Pandillas lo querían, o lo querrían cuando lo conocieran.

Aquello era como sentarse sobre un polvorín y ponerse a fumar.

Mike volvió a su cuarto, en un edificio oficial labrado en la piedra. Los dos guardias se quedaron en la puerta, como habían estado desde que sus amigos se marcharan para cumplir el plan.

Le habían dejado su tablet, así que aprovechó para ponerse al día. La cobertura en Tierra Libertad era buena, aunque había accesos que estaban cerrados, lo cual le hacía dudar más todavía de que el nombre de aquel territorio lo describiese a la perfección.

Sin embargo, podía comunicarse con sus compañeros. Sin duda monitoreaban todas sus comunicaciones. Se entretuvo buscando el troyano, pero no pudo encontrarlo. La ciencia informática se había vuelto muy sutil y poderosa. Un simple chip introducido en el aparato, sin conexión a sus circuitos, pero rastreando las señales electromagnéticas del mismo, sería indetectable.

Suspiró. Aquel aburrido encierro le iba a volver loco.

Llamaron a su puerta y se sobresaltó. Fue hasta ella y la abrió, encontrándose con la mirada irónica de los guardias, y con una alta figura de melena blanca.

–¡Consejera Eithne! –exclamó sorprendido.

La mujer se mantenía erguida, a pesar de su edad, y su figura era estilizada y digna, parecida a las ilustraciones de sacerdotisas antiguas.

–Me gustaría hablar contigo –dijo ella.

Se sentaron a la única mesa del cuarto. Mike cruzó sus dedos, tratando de aparentar firmeza. Había algo en aquella mujer que le impresionaba mucho, como un aura de autoridad que emanase de su actitud y su mirada, firme y, sin embargo, dulce.

–En realidad, también me gustaría hablar con tus amigos –añadió ella, señalando la tablet.

–Ah, claro. Seguramente está intervenida –avisó.

–Claro. Déjamela.

Se la entregó, y la mujer tecleó algo en ella.

–Código de seguridad oficial –sonrió, y le pareció a Mike percibir un destello de travesura, algo que hubiese sobrevivido a los años. El chico adivinó que, hasta llegar a su cargo en el Consejo, habría pasado por muchas peripecias, no todas legales.

La mujer, en lugar de devolverle el terminal, lo manipuló durante unos largos minutos.

–Ajá –murmuró, devolviéndoselo.

Mike miró la pantalla y leyó el intercambio de mensajes entre Eithne y sus amigos:

–"Hola, soy la consejera Eithne. Vuestro amigo está encerrado en una habitación custodiada. El Consejo ha votado a favor de tener un encuentro con los representantes de las pandillas, y con vosotros, pero sólo a cambio de tener el invento".

–"Soy Lisy. El invento ha sido replicado. Clones del mismo están siendo distribuidas entre las pandillas. No creo que importe si os damos una de las réplicas. Ahora todos las tienen".

–"Temo una guerra entre quienes desean tenerlo en exclusiva. Las Zonas Centrales tienen ejércitos a su disposición. No creo que se avengan a un trato".

–"Tal vez no tengan otra opción. Parslik posee la varita original, y con ella puede hacer cosas que las Zonas no podrán combatir".

–"Hola, soy Carlos. Haga caso a Lisy, he visto cosas aquí. Ese aparato hace cosas increíbles. Más vale que escuchen nuestras exigencias".

¡Exigencias! Aquellos chicos no sabían dónde se estaban metiendo, había pensado la consejera cuando había leído los mensajes.

Mike todavía lo estaba haciendo cuando ella habló:

–¿Esa tablet tiene opción de conferencia multimedia?

–Eh, no. Es muy sencilla.

–Trataré de conseguirte otra mejor –repuso ella, poniéndose en pie–. Hasta pronto.

Mike hizo un gesto de despedida, y la mujer abrió la puerta. Los guardias se cuadraron y luego, cerraron la puerta tras ella.

El chico volvió a su tablet y ocupó su tiempo cruzando algunos mensajes y haciéndose cargo de la situación.

Carlos y Lisy, junto con Bansky y Parslik (llamados en aquella parte del bosque Los Deers), habían comenzado un nuevo proyecto, preparándose para su reunión con el Consejo de Tierra Libertad. Parslik, aquel genio tímido, había urdido un proyecto y, por loco que pareciera, a los pandilleros, chicos y chicas, les había encantado: había fundado una nueva Zona: Parslankia. Un lugar virtual donde las personas que no se sentían a gusto ni en las zonas ni en las pandillas, ni en los territorios fronterizos, podían comunicarse y pertenecer.

Parslankia era un lugar virtual donde se discutía qué uso dar al invento, o cómo usarlo para conseguir nuevos inventos, materiales para nuevos proyectos, módulos prefabricados para construir viviendas dignas o escuelas, androides profesores o que ayudasen en las tareas pesadas y rutinarias, mientras ellos y ellas se ocupaban de diseñar un mundo futuro.

Bansky estaba emocionado: había soñado algo así toda su vida. Parslik estaba tan enfrascado en su proyecto, que olvidaba incluso comer. Los jóvenes más cercanos al lugar donde se habían refugiado acudían como si fuera un gurú capaz de dar sentido a sus vidas. De pronto, sus condiciones de vida precaria iban a cambiar radicalmente.

Los primeros días de su proyecto hicieron surgir edificios donde sólo había vertederos; escuelas donde había chabolas; una pista de aterrizaje y

aparatos voladores que ellos nunca hubieran podido pagar.

Ni que decir tiene que las multitudes le adoraban, al igual que a su socio, Bansky. De repente, el templo antiguo se vio rodeado de edificios de última generación, surgidos de la tierra y las piedras. El terreno se iba nivelando, conforme su materia se transformaba en todo tipo de instalaciones. La varita funcionaba a pleno rendimiento durante los períodos útiles, y ellos cuatro se dedicaban a disfrutar de la euforia juvenil reinante durante sus períodos de carga.

Algunos de los llegados desde otras pandillas colaboraron en la transformación mediante las réplicas de las varitas, entrenándose para cuando debieran aplicarlas en sus lugares de origen.

Mike vio todo ello en las fotos que le enviaron, y se hizo una idea por sus mensajes. Con cierta envidia sintió la misma euforia que los *parslandys*, como Parslik había llamado a sus integrantes, que se apuntaban desde todas las zonas y territorios.

Y pensó lo inteligente que era esa maniobra: cuando acudieran a negociar, ya no serían unos cuantos jóvenes soñadores e inadaptados, sino un pueblo, una identidad, un sueño.

Y el sueño se llamaba *Parslankia*.

El Consejo Rector de las Zonas Unidas

En la Zona Cuatro desde la cual había huido el grupo inicial, no tardó en detectarse tal inusual crecimiento. Los satélites enviaron una lastimera alerta a las consolas del Gobierno de Zona, y el general Nicholas Brain no tardó en enterarse.

Mesándose los cabellos, acudió al llamado del Gobernador. Llamó a su puerta y recibió permiso desde dentro.

El gobernador Klaus levantó trabajosamente su voluminosa anatomía para recibirle, y le indicó una de las sillas. La sala de audiencia estaba vacía.

Bien, físicamente estaba vacía, pero el general Brain no tardó en percatarse de que una unidad de comunicación multicanal estaba encendida ante el asiento del Gobernador.

Klaus formuló una orden verbal y el aparato lanzó un haz de luz, formando imágenes frente a los lugares donde, habitualmente, se sentaban los ministros.

No era un hombre dado a ojear la prensa en ninguna de sus formas, pero reconoció de inmediato a varias de las figuras holográficas: eran Gobernadores de otras Zonas.

–General, le presento al Consejo de las Zonas Unidas –presentó, recitando sus nombres por orden de asiento.

El militar saludó con un escueto movimiento de cabeza. La Política no era lo suyo.

–Conoce la situación en Tierra Libertad, supongo, y territorios cercanos –. Era una afirmación retórica: por supuesto que la conocía–. Puede tener consecuencias catastróficas para la Economía Mundial –prosiguió Klaus.

El general asintió. Una de las figuras semiespectrales, un hombre, habló:

–El impacto de ese invento puede dejar sin trabajo a millones de personas. Los intercambios económicos entre las zonas colapsarán, pues no habrá necesidad de comercio.

–Pero eso será porque ya no habrá necesidades de ningún tipo. Podremos dedicarnos a fines más elevados –repuso otro de los hologramas, una mujer rubia.

–Eso elimina también la necesidad de la mayor parte de los ministerios –añadió con una leve sonrisa otra mujer. Morena y de cabellera larga.

–Nosotros nos arruinaríamos –indicó un hombre de rasgos asiáticos.

–No importa. Arruinarse sin que falte de nada no es arruinarse –reiteró la mujer rubia–. Si no hay necesidades, ¿qué importa el dinero?

Aquella perspectiva pareció causar malestar a varias de las figuras. Un hombre incluso pareció que iba a vomitar, pero se controló.

Siglos de intereses, de familias poderosas, de negocios lucrativos, podían ver cambiada su forma de vida en poco tiempo. Quizá, en el mejor de los casos, unos cuantos años.

–Si no hay necesidades, el Género Humano dejará de esforzarse. Será la muerte lenta en la molicie –exclamó un hombre alto de gran cráneo y poco pelo.

–¡Tonterías! Mañana mismo podríamos diseñar una nave espacial y dedicarnos a explorar el Espacio –dijo una mujer más joven que el resto.

–¡A quién le importa el Espacio! –exclamó el de cráneo voluminoso–. Tener todo lo que queramos será la destrucción de la civilización.

–O ser como los demás. Quizá es a eso a lo que le temen algunos, a no acumular más que el resto, a no sentirse superiores –. La mujer rubia no parecía dispuesta a dejarse convencer.

Un hombre anciano y encorvado se levantó lentamente. Su sola presencia, incluso holográfica, impuso el silencio:

–Veamos. ¿El problema es que podremos conseguir fácilmente lo que ahora conseguimos con esfuerzo? No me parece tan terrible. E imagino que a la población media, y a la de escasos recursos, les parecerá perfecto. Podremos organizar torneos, si es el esfuerzo individual lo que les preocupa. O conceder distinciones y honores a quienes proporcionen ideas brillantes, planes de superación, proyectos en los que invertir esta insospechada oportunidad que es ese invento. Por lo que se refiere al comercio, no teman. Unas pocas varitas no colapsarán el flujo de intercambio. Incluso si los productos se obtuvieran en grandes cantidades, habría que llevarlos de una Zona a otra e intercambiarlos. Sólo que los precios bajarían –argumentó el anciano.

–Pero eso arruinaría a quienes especulan con el valor de las cosas –repuso uno de ellos.

–¡Pues yo me alegraré! –exclamó la mujer rubia–. Mi gente trabaja duramente para pagar los aranceles y los precios desorbitados de las cosas más básicas, mientras algunos nadan en la abundancia. Si se arruinan sin que les falte de nada, y por ello se sienten mal, es que son enfermos. ¡Aprendan a disfrutar de la vida sencilla!

Uno de los hologramas se desconectó momentáneamente, mientras, en su Zona de origen, el titular soltaba imprecaciones y maldiciones. Pocos minutos después, se conectó de nuevo:

–Lo siento, tuve un ataque de tos –se disculpó.

–Ya. –La mujer rubia le miró disgustada.

–Bien, señores y señoras Gobernadores, ¿qué decidimos? ¿Es necesario intervenir? –preguntó Klaus.

–No sé porqué nos pregunta, si ya ha hecho participar en este consejo a un militar –señaló ácidamente la mujer rubia.

–Usted no puede verlos, pero sentados junto a los Gobernadores de las demás Zonas hay también militares –aclaró el gobernador Klaus.

–Vaya, pues entonces, ¿para qué nos reunimos, si está todo decidido? –repuso ella.

–No está todo decidido. Hemos de planear de qué forma y cuándo, y dónde. ¿Invasión?, ¿secuestro?, ¿negociación?

–Invasión –dijo el de cráneo grande, levantando la mano.

–Negociación –dijo la mujer rubia.

Los demás vacilaron. Algunos hologramas se desconectaron momentáneamente, mientras consultaban. Cuando todos volvieron a estar visibles, Klaus propuso una votación:

–¿Invasión? Que levanten la mano.

Varias manos se levantaron.

–¿Negociación?

Se levantaron unas pocas más.

–Gobernador Vincent, ¿usted no opina?

–No creo que esta situación se pueda resolver de estas dos formas. Es algo nuevo, y requiere un estudio por parte de especialistas en Sociología e Historia, y las demás ramas del saber. Es posible que la Historia Humana haya dado un vuelco irreversible. El invento ya existe. No se trata de suprimirlo. Eso será imposible. Ni siquiera tras una larga guerra.

No sean simples, señoras y señores. No den la espalda a la realidad.

–Lo podemos tomar como una tercera moción. Así, pues, ¿quién está de acuerdo con él?

Se levantaron varias manos. Klaus las contó, y resultó un empate con la negociación.

–Bien, consejo. Parece que podemos negociar tras un sesudo estudio. ¿Quién está de acuerdo?

Quienes habían votado las dos últimas veces se unieron a la moción. Eran mayoría aplastante. El general torció el gesto, pero no estaba disgustado. Era una buena alternativa. Sólo le disgustaba la actitud de los políticos.

El Consejo de las Zonas Unidas se disolvió, y Klaus se encaró con el general Brain:

–General, por si acaso, vaya preparando un plan alternativo.

Brain sonrió. Preparar un plan B era algo que comprendía perfectamente.

En el templo viejo, que se había convertido en el centro de un crecimiento urbanístico gracias a las capacidades del invento, jóvenes de ambos sexos afluían, atraídos por la esperanza de una nueva realidad, de un futuro mejor.

A pesar de que provenían de un substrato anárquico, respetaban a Lisy, Jessy, Carlos y a los dos científicos, como el núcleo pensante de Parslankia. Ellos eran los que sabían.

Sabían de la varita, sabían levantar edificios limpios y dignos donde sólo había un viejo templo oculto en medio de un bosque. Habían dotado al templo, central de sus actividades, de aparatos de última generación. Todo lo que sintetizaba el invento era lo último que las actualizaciones de sus archivos habían almacenado. Las últimas tecnologías, los mejores materiales, los aparatos más potentes. Aquellos chicos y chicas creían haber alcanzado el paraíso.

Sin embargo, el paraíso había que defenderlo. Ellos vivían el futuro, pero el mundo exterior seguía anclado en el pasado.

Por ello respetaban al grupo de los que sabían. Ellos (y ellas) tenían un plan.

Lisy y el resto del grupo inicial, como se llamaban a sí mismos, se habían reunido en la sala de comunicaciones del templo, que estaba atestada de ordenadores, emisoras y fuentes de alimentación de plasma. Unos cuantos de los operarios de los aparatos permanecían en sus puestos, atentos a los mensajes que les llegaban desde las Zonas y los territorios fronterizos. Y Kian, el chico pelirrojo que ejercía de líder junto a Jessy antes de su llegada, se había unido al grupo reducido de los que sabían. Había sido algo espontáneo y natural. Ya nadie los llamaba los Deers, sino *los que saben*.

Jessy, Carlos, Lisy, Bansky y Parslik estaban juntos en una esquina, que permanecía un tanto libre de cables que pudieran pisar, y sobre unas sillas muy cómodas, salidas del ingenio del inventor.

–Algunos colegas de las Zonas que son buenos en sus especialidades confirman que el Consejo Rector se reunió y les ha encargado estudios acerca de las repercusiones del invento –dijo Kian, al tanto de la actividad de sus pandilleros.

–¿Tenéis infiltrados en el Consejo? –se extrañó Carlos.

–Las personas inteligentes nunca siguen a ciegas a sus líderes. Algunos científicos colaboran con nosotros. No debería extrañaros –añadió Kian mirando burlón a Parslik y Bansky.

–¿El Consejo Rector de las Zonas Unidas está encargando estudios sobre el invento? –preguntó Lisy.

–Exacto.

–Podemos imaginar que han tomado una decisión. Quizá quieren saber hasta donde podemos llegar con tu varita –intervino Jessy.

–Esperemos que la decisión sea pacífica –repuso Parslik.

Marc, el chico que permanecía atento a la tablet de Lisy, se acercó:

–Mensaje de Mike –dijo alargando el terminal a su dueña.

Los demás la rodearon más estrechamente. Hacía calor entre todos aquellos aparatos, y todos pudieron sentir el emanado por el resto de

ellos.

"Hola, parslandys. Sigo retenido aquí, bajo vigilancia. Algunas personas que parecían ostentar algún cargo oficial han venido a verme por turnos, tratando de sonsacarme hasta dónde llegan las potencialidades de la varita. Parecen muy interesados. Quizá Eithne, la consejera, se ha chivado de la advertencia de Carlos respecto a sus poderes, aunque lo dudo. Pero eso me hace temer que alguien quiera saber a qué se enfrentaría en caso de agresión. Eithne me ha dicho que procurará traerme un terminal más moderno y potente. Saludos, parslandys".

Lisy no pudo evitar una sonrisa.

–Bien, ahora somos parslandys –dijo.

Nogy, uno de los chicos que manejaban el centro directivo, miraba hacia el grupo incial, mientras se mantenía ante la pantalla del ordenador.

Era el momento adecuado. Nadie le controlaba. Sacó la memoria portátil y la conectó disimuladamente al sistema. Su lápiz de memoria contenía largas horas de programación que había pasado en su habitación, depurando su contenido. Ahora estaba listo.

Activó el comando ejecutivo, y el programa se volcó en el sistema.

Había tenido la precaución de incluir un retardo de actuación, de forma que, una vez se descargó, tenía unos treinta minutos hasta que fuese descubierto por el resto de hackers del centro operativo.

Simuló un ataque de tos, y salió. Kian miró en su dirección, pero siguió atento a las palabras que en ese instante pronunciaba Jessy.

Nogy salió del lugar y se encaminó a su vivienda. Miró en torno a los edificios e instalaciones nuevas que Parslik había levantado, transformando kilómetros de bosque. Y sintió una punzada de tristeza, pero siguió adelante. A él le gustaba el bosque. Había sido feliz allí hasta que ese aprendiz de mago empezó a cambiar los árboles por edificios. Era cierto que todavía quedaban muchos árboles, pero su estilo de vida había sido transformado junto con la vegetación y la tierra que la sostenía.

Llegó hasta su vivienda, que estaba incluida en un plan de remodelación. Le habían prometido una nueva, ultramoderna y dotada de todos los

aparatos de última generación. ¿Y quién necesitaba eso? Habían huido de los territorios porque les gustaba la libertad, la vida silvestre. Y ahora, estaban en medio de un centro tecnológico de alto nivel. ¡Puaj! Sentía náuseas.

Paola ya le estaba esperando con un par de mochilas.

No se detuvieron. Ni miraron atrás.

Subieron a un vehículo todoterreno de tipo antiguo, de carga eléctrica lenta y sin elevadores gravitatorios. Un simple coche eléctrico con un pequeño ordenador interno y antena parabólica. Estaba pintado de camuflaje y tenía anchas ruedas.

Paola lo puso en marcha y recorrieron las nuevas carreteras de salida de lo que había sido su refugio en el bosque. Un par de grupos de jóvenes que llegaban desde territorios lejanos se cruzaron con ellos a los mandos de sus vehículos, atestados de equipaje.

Seguían llegando a cualquier hora, y el grupo inicial se esforzaba por acomodarlos convenientemente, para lo cual Parslik no escatimaba el poder de su invento.

Paola sólo les echó una leve ojeada, tratando de no rozar los coches, y pronto alcanzaron la salida.

Nadie les controló. No había ningún tipo de vigilancia fronteriza ni nada semejante. Simplemente, salieron.

Nogy miró su pulsera multiuso.

–Nos quedan quince minutos todavía –dijo.

–¿Y luego? –preguntó ella.

–En cuanto detecten el virus, tendrán que definir lo que hace, y luego tratar de remediarlo. No les será fácil, te lo aseguro. Mientras, el Consejo Rector de las Zonas habrá tenido acceso a toda su información.

Paola desvió la mirada de la carretera que ya discurría entre árboles y vegetación, y le miró melancólica.

–¿Cómo te sientes? --preguntó.

Nogy no contestó. En realidad, ni él mismo lo sabía.

En la sala de control del templo, James percibió la señal del sistema y dio un brinco, al tiempo que soltaba una exclamación malsonante. Kian llegó inmediatamente junto a él.

–¿Qué sucede?

–Nos han metido un virus –respondió James.

Los demás llegaron también a la consola. Otro de los encargados de los ordenadores se levantó y llamó por señas a Jessy.

–Es un virus –le dijo.

Los demás operadores informáticos no tardaron en dar la alarma a su vez. Ellos se volvieron hacia James.

–¿Se puede hacer algo? –preguntó Kian.

–Lo primero, tengo que saber qué clase de virus es, y qué áreas del sistema han sido tocadas.

–¡Pues a ello! –urgió Kian.

En la Zona Cuatro, Klaus estaba recibiendo en ese mismo instante un informe de su Departamento de Seguridad en su propia tablet:

"Recibida la transmisión de datos desde la insurgencia. Hemos volcado toda su memoria. Información total ahora disponible"

¡Vaya, vaya! El traidor había cumplido su palabra. Ahora tenían acceso a toda la información del territorio amotinado.

Se incorporó en su butaca y pulsó el interfono:

–Dory, llame al general Brain.

La voz dulce de la secretaria sonó a través del altavoz:

–Ahora mismo, Gobernador Klaus.

Ah, le encantaba esa voz. Y esa figura. Y la forma en que le nombraba: *"Gobernador Klaus"*. Metió barriga e hinchó el pecho. Sonaba maravillosamente.

Se frotó el mentón sintiendo el tacto de su propia piel, pero imaginando que era de Dory, su secretaria. Con cierto esfuerzo, se incorporó de su butaca y se giró para mirar por la ventana de su despacho.

Abajo había un patio donde vehículos policiales maniobraban camino del aparcamiento cubierto que estaba en los sótanos. Enfrente, un poco más allá, el edificio suntuoso del Banco Central, brillando a la luz de la puesta de sol en tonos rosados. Se sentía bien. Si conseguía apoderarse del invento, sería el hombre más poderoso de las Zonas Unidas. Nadie le discutiría. Incluso Dory le encontraría atractivo, sin duda: un hombre poderoso e importante.

Sonrió ante la perspectiva de ser tomado en consideración por la linda secretaria que, hasta el momento, se había mantenido en un papel pudorosamente profesional.

El interfono emitió su llamada suave y característica. Su dedo índice señaló doblado hacia él y el anillo multimedia lo accionó desde donde estaba, en pie, mirando al edificio imponente de enfrente.

–El general Brain ha llegado –dijo la dulce voz.

–¡Qué pase! –exclamó, exagerando un poco su tono de autoridad para impresioar a su empleada.

El general Nicholas Brain entró. Su estatura y su forma física quedaban realzadas por el uniforme y las tiras de colores que representaban otras tantas condecoraciones, algunas de ellas obtenidas a costa de ser herido

de gravedad.

Klaus siempre se sentía un poco intimidado. Para disimular su corta estatura, se sentó en su butaca, cayendo sobre ella con un golpe que sonó demasiado fuerte.

En lugar de presentarse oficialmente, o de preguntar qué deseaba, el general adoptó la postura de descanso, con un brazo doblado tras la espalda y una sonrisa de superioridad. Sin duda el general despreciaba al gobernador. Y este lo sabía.

–¿No quiere saber por qué le he hecho llamar?

–Si desea decírmelo... Por favor –solicitó sin perder la odiosa sonrisa.

–Nuestro traidor ha cumplido. Tenemos toda la información Pásese por el Departamento de Seguridad y haga su trabajo –exclamó con innecesaria agresividad.

–Siempre lo hago, gobernador. Ya estoy preparado.

–Bien, cuanto antes, mejor.

Nicholas Brain salió del despacho saludando con un gesto de la cabeza, pero sin perder la sonrisa de autosuficiencia que tanto enervaba a Klaus, que escuchó cómo saludaba a Dory, y cómo ella le devolvía el saludo con mucha, demasiada amabilidad. ¡Pero si estaba próximo a la jubilación! ¡No era posible que le gustase! La chica era amable, eso era todo.

El general Brain volvió a su despacho, que estaba a corta distancia. Sacó de una caja fuerte un dispositivo electrónico y lo activó. Esperó unos minutos mientras el aparato buscaba la señal. Finalmente la captó, y un led se puso azul.

Entonces lo empuñó y habló:

–Aquí Punto Uno.

Esperó.

–Aquí Punto Uno –repitió.

Una voz distorsionada se escuchó desde las interioridades del aparato:

–Copiado. Aquí Komet. Repito, aquí Komet.

–Komet, aquí Punto Uno. Le copio fuerte y distorsionado. Con barbas.

–Copiado. Aquí Komet...

–¡Dejémonos de eso! Tenemos lo que queríamos. Ahora haz tu trabajo. Te enviaré los datos.

–Copiado. A trabajar. Aquí Komet, copiado. Orden recibida.

–Corto –dijo Brain con cierta suave condescendencia.

Sonrió. Aquellos infiltrados eran como niños jugando a la guerra, con su argot, sus claves y todo eso. Sólo le había faltado enviar un QSL (recibido, en código radiofónico).

Tras guardar el aparato en su maletín, salió en dirección al Departamento de Seguridad, tal como le había ordenado el gobernador.

El lugar distaba un kilómetro escaso. Decidió que le convenía un paseo. Hacía buen día, y el camino transcurría en un área de edificios oficiales, donde su uniforme condecorado no llamaría la atención más de la cuenta.

Soplaba una brisa caliente, que le hizo añorar los días en que disfrutaba de vacaciones con su esposa. Desgraciadamente, ese tiempo terminó cuando ella falleció. Desde entonces, el general se había convertido en una especie de monje guerrero, al estilo del lejano siglo XIII.

El Departamento estaba en la séptima planta de un edificio enormemente alto y lustroso.

Entró, subió y preguntó por el responsable.

Una mujer de unos cincuenta años que llevaba un peinado muy favorecedor y se mantenía esculturalmente obesa, gracias a muchas horas de dieta y danza gimnástica, salió de un despacho y le estrechó la mano:

–Soy Delmira Dastin, oficial encargada de la Operación Kevin.

–Mi nombre es general Nicholas Brain –saludó a su vez.

–Lo sé. Pasemos a mi despacho, general.

No pudo evitar valorar la figura, obesa pero muy sensual, de la oficial que caminaba delante suyo.

Una vez sentada ella tras la mesa y él en el asiento de cortesía, tampoco pudo evitar sentirse atraído por su grande pero bien proporcionada figura delantera. Ella lo percibió y sonrió.

–El gobernador Klaus desea que le pasemos esta información –dijo señalando a su ordenador, pero luego explicó–... La obtenida del sistema del territorio insurrecto, para que usted elabore un plan con sus puntos débiles.

–Por supuesto. Mi correo es generalbrain\=/xau.g.z.4.

La oficial Delmira lo tecleó directamente en su ordenador, y se entretuvo unos minutos dirigiendo los datos al correo del general.

El sistema de correo electrónico funcionaba como una web, en la que su titular podía manejar, editar y organizar lo recibido. El volumen de datos que la oficial estaba volcando en su correo era monumental, pero podía ser fácilmente asumido, sobre todo con una extensión .g.z, reservada a los altos cargos de las Zonas.

–Bien, ya está –dijo ella cuando levantó la mirada de la pantalla, sorprendiendo la del general sobre su escote. Volvió a escapársele una sonrisa, y Brain se enderezó en su asiento.

–Muchas gracias –dijo él, levantándose y saludando con cierta rigidez. Sin duda deseaba salir de allí lo antes posible.

Ella le vio cerrar la puerta y sintió cierta ternura. Toda la Zona Cuatro conocía la soledad del general. En aquellos momentos era un hombre que rozaba la ancianidad, si bien se resistía a caer en ella, y se mantenía esbelto y en forma. Pero su rostro delataba su edad. Unos pocos años atrás quizá hubiera sopesado la posibilidad de echarle los tejos. Ahora

sólo sentía admiración.

Brain no perdió tiempo al regresar a su despacho. Sacó el aparato electrónico de comunicación con su topo y le envió toda la información. Aquel misterioso Komet era hábil y sabría seleccionar los datos que le podían ser útiles.

Luego, él mismo se sumergió en el análisis de los datos que habían llegado hasta su correo, en busca de las debilidades del enemigo.

En Parslankia, el territorio insurgente, James miraba fijamente la pantalla de su ordenador, mientras algunos otros hacían lo mismo en los suyos, en el centro de comunicaciones del templo.

Kian y Jessy estaban tras él, esperando.

–¿Y bien? –preguntó Kian al fin, impaciente.

–Un puro desastre. Ese maldito virus ha jaqueado todo nuestro sistema.

Los dos líderes parecieron esperar más explicaciones, con expresión severa.

–Ha clonado toda la información y la ha sacado de aquí –prosiguió.

–¿La ha sacado? ¿Qué rayos significa eso? –exclamó Kian.

–Que la ha enviado a vete-a-saber-donde. Adivina –explicó Jessy, que lo había comprendido perfectamente.

–Ha conectado con un enlace y luego lo ha destruido. No hay forma de saber a donde –concretó James –. Tengo el código del virus, pero no nos sirve de nada. El mal ya está hecho.

Kian soltó un bufido y dio media vuelta. Jessy se despidió de James con un escueto *"gracias"* y le siguió.

–¿Para qué querrán esa información? –reflexionó Kian en voz alta, y el mismo se contestó:

–Para encontrar un punto débil por el que entrar aquí. Sus intenciones no

son buenas –concluyó.

El grupo inicial se reunió en una sala solitaria sobre el centro de comunicaciones. Aquel templo tenía muchas estancias. Jessy y Kian expusieron las novedades a Carlos, Lisy y los dos científicos.

–¿Qué hacemos? –preguntó Lisy.

–Lo primero, depurar el virus –dijo Bansky –y sacar de él toda la información que podamos. Quizá les podamos devolver la broma.

–James lo duda –intervino Jessy.

–Pero hay que intentarlo, es de manual. –Parslik golpeteaba nervioso mientras decía esto.

–Vale, ya están en ello. –La chica miró melancólica a los demás. Toda una vida luchando por tener un lugar en el mundo, y cuando lo conseguía, o creía conseguirlo, el mundo entero se conjuraba contra ellos.

Komet se deslizó suavemente por las calles en penumbra de Parslankia, levemente iluminadas con luces que no deslumbraban, a esas horas de la noche. Sabía donde tenía que ir, y tenía mucha práctica caminando sin llamar la atención. Desde que llegó de territorio Mapache Pirata había tenido tiempo de familiarizarse con las calles, aunque los edificios sintetizados por Parslik eran de un diseño muy innovador.

Por suerte, entre toda la multitud de datos que habían volcado en su ordenador, se encontraba el dato fundamental que necesitaba: quién tenía y dónde estaba la réplica del invento. Con ella en las manos, podrían conjurar la amenaza.

Y mucho mejor si conseguía también la original.

Llegó sigilosamente hasta la entrada del edificio donde vivía el custodio, como le llamaban. El primer inconveniente fue el sofisticado sistema de seguridad instalado en él. Como todo lo que se sintetizaba, era último modelo. Pero Komet había sido una buena elección, por sus conocimientos

informáticos y de hacker y, con la información volcada en su tablet por el general Brain, fue cosa de paciencia.

Le costó, pero consiguió abrir la compuerta metálica. Se encontró con otra cerrada. Un rostro humano apareció en la pantalla. Sin embargo, la fijeza de su mirada le confirmó que se trataba de un avatar digital.

–¿Puedo ayudarle en algo? –preguntó el avatar, con una voz melodiosa.

–Sí, desearía entrar.

–¿Con qué motivo?

–Visita de cortesía –respondió Komet.

–¿Es usted consciente de la hora? Es muy tarde para visitas.

Estuvo a punto de decir que le estaban esperando, pero se contuvo a tiempo: seguramente, el ordenador domótico sabría que mentía.

–Mi amigo me dijo que podía visitarle –mintió.

–Si es tan amable de esperar, lo confirmaré.

El espacio era reducido y Komet se empezaba a enervar, lo cual, seguramente, era el objeto de la larga entrevista.

Al rato, un nuevo rostro, soñoliento, se asomó a la pantalla.

–¿Quién es? –preguntó. Pero inmediatamente le reconoció.

–¡Ah! Pasa. ¡Everet, abre! –ordenó al avatar.

Komet traspuso el umbral de la segunda compuerta tan pronto como se abrió. La escalera y los ascensores estaban al frente, modernos y pulidos.

Kian salió a recibirla al descansillo, y luego de estrecharle la mano, la invitó a pasar.

–Desde que llegaste de Mapache Pirata te has esforzado en coordinarnos con ellos. Justo ahora pensaba en eso, qué casualidad –dijo el líder de

Parslankia.

–Esas cosa pasan. –Komet sonrió.

–¿Y bien? ¿Qué querías? –preguntó con un gesto seductor el pelirrojo.

Komet sacó el arma y disparó un haz desvanecedor.

–Esto, Kian. Olvídate de un romance conmigo –dijo para sí Komet, apartando su larga cabellera rubia de su rostro. Su ropa ajustada, que marcaba su figura femenina, había obrado el efecto deseado, despertando esperanzas en el chico.

Porque Komet era una chica. Una de las primeras en llegar desde Mapache Pirata. No le había costado nada entablar amistad con el vanidoso Kian.

Sí, la habían elegido bien.

Como suponía, el invento estaba dentro de un perímetro de seguridad, pero, con los datos de que disponía y su habilidad de hacker, no le supuso ningún problema acceder a él. Lo guardó sujeto a su cintura bajo la ropa y se dispuso a salir sigilosamente.

No había recorrido ni tres metros cuando escuchó un leve pitido y sintió una vibración en la cinturilla del pantalón. Luego, una quemazón repentina y un destello de luz que se trasparentó a través de su ropa.

Alarmada, se levantó la blusa y comprobó que el invento había desaparecido.

"Maldito genio", murmuró para sí.

Kevin Parslik estaba pensando, sentado en su sillón en su despacho en penumbra, con la ventana a su espalda, cuando un fogonazo iluminó la estancia. Se incorporó levemente, y dio potencia a la lámpara para ver qué había sucedido, aunque ya lo imaginaba. Lo había programado tiempo atrás.

Efectivamente, allí en medio estaba la réplica de la varita. Por sí sola había decidido que estaba siendo robada, y, de acuerdo a sus instrucciones, se había teletransportado junto a su inventor y

programador.

Se levantó y la cogió del suelo. Debería poner una mesa en ese lugar, porque suponía que otras réplicas empezarían a llegar en poco tiempo. Quien hubiera intentado robar aquella, lo intentaría con las demás. Por suerte, era hombre previsor. Nadie podría adueñarse de ellas sin su consentimiento.

Efectivamente, en las siguientes horas, varias de las réplicas aparecieron sobre la mesa situada al efecto en el medio de su despacho. En el exterior, una nutrida guardia de pandilleros fieles permanecían vigilantes.

El grupo inicial se reunió poco después. Los dos científicos amigos, Bansky y el inventor, y los jóvenes, se miraban preocupados. Como de costumbre, fue Lisy la que rompió el silencio:

–Esos pendejos están jugando sucio –dijo.

–¿Pendejos? –Parslik la miró sonriendo interrogativamente. En el siglo XXIII nunca había escuchado esa palabra.

–Aquí les decimos así a los malditos que juegan sucio, son traicioneros y buscan el mal –explicó.

Carlos soltó una risotada:

–Sí, putos pendejos.

–¿Qué hacemos? –preguntó Jessy, sin aflojar su expresión seria y comedida.

–Está claro que no podemos fiarnos de ellos –intervino Kian, a quien todavía le dolía el lugar donde le había impactado la carga desvanecedora.

–Clarinete como la aurora –convino Carlos.

–Introduje un comando de seguridad en cada réplica de la varita. Propongo ejecutarlo –dijo Parslik.

–¿Qué comando? –preguntó Bansky.

–Autodestrucción. Ya bastante difícil será controlar la varita original, como para ir tras cada réplica en todos los territorios de todo el planeta –explicó el científico.

Los jóvenes se miraron. Aquello podía terminar con sus planes de mejorar sus condiciones de vida.

–¿Destruirlas? –exclamó Kevin– ¿Ahora que empezábamos a vivir como personas? Me temo que los territorios no se lo tomarán bien.

–No se me ocurre otra cosa –dijo Parslik.

–Pues vaya genio –Lisy sonrió–... Esas varitas pueden ir a donde tú les digas, ¿verdad?

–Cierto, si les doy las coordenadas.

–Entonces escucha mi plan...

Carlos y Kevin impusieron silencio, revisaron todo el lugar para asegurarse de que no hubiera interferencias electrónicas, ondas portadoras, micrófonos ni ningún aparato hackeado, y luego salieron a custodiar el exterior.

Una vez seguros de que su secreto no se violaría, Lisy expuso su plan.

Komet paseó por las cercanías de la vivienda de Kevin Parslik aparentando despreocupación, y le fue evidente que estaba custodiada. Los pandilleros más corpulentos estaban inteligentemente situados para impedir cualquier acceso. Se acercó a alguno de ellos, ante la sonrisa de superioridad de los demás, y trató de entablar algún tipo de relación, insinuándose y utilizando sus mejores armas, pero fue inútil. Aparte de recibir algún piropo, ninguno de ellos le hizo ni caso. La guardia era impenetrable. Aquellos chicos habían vivido en la calle o en el bosque y vivían en un nivel de realidad que les impedía engañarse respecto a sus coqueteos. Tuvo que alejarse de allí antes de que alguno empezara a hacerle preguntas incómodas como: "¿Qué buscas aquí?", o "¿Quieres que llame a Kian?" Seguramente, a esas alturas, todos sabían que era una chica quien había intentado robar la réplica de la varita.

Además, si las varitas huían solas cuando las trataban de robar, la tarea

se convertía en una misión imposible.

Necesitaba comunicarse con el general.

En la Zona Cuatro, el general Brain tenía informes de sus otros infiltrados. Una serie bochornosa de fracasos que habían llegado hasta su comunicador uno tras otro.

Miraba fijamente al aparato, esperando el de Komet y sin hacerse ilusiones respecto al resultado de su misión, cuando sonó el zumbido de comunicación.

–Brain –dijo escuetamente.

–General... La réplica ha desaparecido de mi cintura cuando ya la tenía en mi poder. Creo que...

–No siga, Komet. Ya sé la historia. Ese inventor loco habrá introducido un comando de protección en su programa. Sin embargo, todavía tiene la original, y creo que las réplicas. ¿Podrá robar alguna?

Dos segundos de silencio antes de la respuesta y Brain ya supo la dificultad de lo que pedía.

–Haré lo imposible, general.

–Hágalo, Komet.

Ni un *"cuídese"*, ni un *"gracias de todas formas"*.

Komet, al otro lado del comunicador codificado se sintió como una pieza de un engranaje. Una pieza desechable. Prescindible. De pronto, volvió a ser una chica de un suburbio al que ningún habitante de las Zonas quería ir. Una chica que miraba de lado, bajando la cabeza, y que había aprendido a desconfiar de los hombres. Personas como el general, con su bonita vivienda y su uniforme limpio sólo trataban con ella porque les era útil. Un instrumento fiel y preciso, una buena ladrona.

Y, en ese momento, tras desconectar su comunicador, a escondidas en su vivienda, se dio cuenta de que desde que estaba entre aquellos pandilleros no se había sentido así. Se había sentido bien. Aceptada.

Guardó el aparato en su escondrijo y se maldijo a sí misma.

Pasó las siguientes horas escudriñando en los datos que habían volcado en su tablet desde Zona Cuatro. Pero fue inútil: el inventor no había compartido su programa con el sistema. Sus secretos permanecían ocultos en su mente, que era el lugar más seguro.

Para entonces, Kian ya había revelado la identidad de la ladrona.

Carlos y Lisy caminaron hasta el lugar donde ella le había contado que vivía. Por supuesto, nadie la conocía allí. Todos los demás datos con los que había aderezado su biografía hasta conseguir seducirle, se revelaron igualmente falsos.

El grupo incial se reunió con los informáticos y se emitió una alerta que todos los aparatos informáticos de Parslankia mostraban al ser accionados, con un retrato robot de la frustrada ladrona en 3D.

James imprimió el pasquín y lo pegaron en todas las paredes del lugar, al viejo estilo. Nadie en Parslankia pudo ignorar el aspecto o la orden de búsqueda de la chica.

Eso la obligó a teñirse y cambiar su peinado. Y se tatuó con tinta resistente al agua hasta parecer una postpunky estelar, moda muy frecuente entre los pandilleros. La mayoría de su rostro formaba diseños oscuros que colaboraban a camuflarla. Su vida se volvió todavía más solitaria que antes, aunque le abrió el acceso a locales nocturnos que no había frecuentado antes.

Pero sabía que era cuestión de tiempo que alguien la reconociera, aunque apenas pisara las calles de día.

Parslik se encerró en su vivienda. Había querido mejorar el mundo y sólo había conseguido meterse en una pesadilla. Si destruía el invento, sería perder algo muy valioso, pero si alguien sin escrúpulos se adueñaba de él, sería mucho peor.

Se resistía a aceptar lo inevitable. A pesar del plan de Lisy, el peligro subsistía. Tenía todas las réplicas allí delante, sobre una mesa. Todas habían aparecido allí tras intentar ser robadas. Estaba claro que las Zonas

no cejarían en su empeño. Podía destruírlas, o seguir las instrucciones de la joven Lisy.

Se sorprendía del ímpetu y la inteligencia de la chica. Con los medios adecuados, llegaría a ser alguien importante. Bueno, ya lo era. En parte, Bansky y él seguían su liderazgo desde el principio. ¿Cuál era el motivo? Quizá porque tenía algo que ellos dos, tan listos, no poseían. Valor. Valor e inteligencia, porque se jugaba su propio futuro y el de tantos y tantas como ella.

Se dio cuenta de que había olvidado por unos momentos su dilema. ¿Qué debía hacer?

Escuchó un golpe. Luego, ruidos indefinidos. Su despacho estaba aislado y protegido, así que salió a la terraza para ver lo que sucedía, y se quedó petrificado durante unos segundos:

Naves aéreas de guerra sobrevolaban la ciudad, disparando de vez en cuando. Abajo, los jóvenes corrían a protegerse.

¡Malditos, lo habían hecho al fin!

Cuando llegó al centro de control del templo, estaba vacío. Algunos ordenadores habían sido destruidos, y salía humo de varios rincones.

Volvió corriendo a su vivienda, pues era el objetivo obvio: venían a por las varitas.

Un grupo de soldados ya subía hacia su despacho. Pudo verles desde la entrada del edificio. Le habían tomado la delantera. No podría llegar a tiempo, de forma que sólo quedaba la opción de Lisy... o la destrucción del invento. Por suerte, siempre llevaba la varita original consigo.

La empuñó, y dudó unos segundos. ¿Cuál opción? ¿La de Lisy o la suya?

Ya llegaban a su habitación. El detector de seguridad emitió su sonido y su luz roja de alerta. No había tiempo que perder. Murmuró la orden codificada, la macro que desencadenaba el proceso. Una simple palabra, y

todo estaba hecho.

Komet escuchó los disparos y supo al punto lo que estaba sucediendo. Aquel engreído y estúpido general había ordenado asaltar Parslankia. Si no tenía un as en la manga, era tonto sin remedio: las varitas seguirían las instrucciones de su constructor pese a todos los misiles y disparos. Quizá el plan era capturarlo y obligarle a entregar su invento... si es que no lo había destruído ya.

Tonto del culo.

Una ráfaga casi la alcanza. Se ocultó tras una esquina, pero la nave aérea se situó sobre ella y repitió su fuego. Pudo meterse en un portal y evitar las balas, pero las esquirlas de la pared rociaron su espalda. Por suerte, ninguna se le clavó. Eran simples cascotes, no metralla. Aquel cerdo la quería muerta. Quería tapar sus vergüenzas con su cadáver.

Sintió asco. Pero esta vez no de sí misma, sino del general y de lo que representaba.

Tenía que huir y ponerse a salvo, aquellos salvajes no dudaría en matarla.

Recorrió la pequeña calle donde se había refugiado, pero todas las puertas estaban cerradas. Ni una simple tapa de alcantarilla donde escabullirse.

De uno de los portales surgió un rostro brillante, de ojos encendidos, y le dio un susto de muerte.

–Señorita, no se asuste.

La voz era suave. Tras unos instantes, pudo procesar lo que veía. Sólo era un droide doméstico.

–¡Tengo que esconderme! –exclamó.

–Esconderla –dijo el droide, que no parecía de los más espabilados. Pero inmediatamente, le hizo una seña y salió a buen paso en dirección a uno

de los portales.

Manipuló la cerradura de seguridad y logró abrir la puerta. La miró y la urgió con un gesto de impaciencia. Komet no perdió ni un segundo, y entró tras el droide, que cerró tras ella.

–Mi cuarto –dijo el robot.

La luz encendida automáticamente mostró un recinto amplio, dotado de un cargador universal de droides, una especie de soporte donde se conectaban cuando no estaban de servicio. Una de las innovaciones de Parslik, que había llegado junto con los droides materializados por su varita. No había muchos todavía en Parslankia, pero sí unos cuantos.

En el exterior se escuchaban las detonaciones y disparos de las naves aéreas.

Pero el droide no se limitó a refugiarla allí, sino que le señaló una escotilla brillante que cerraba un acceso en el suelo, junto a una esquina.

–Mi lugar de trabajo –dijo.

Sin comprender demasiado, Komet siguió al robot, que ya estaba abriendo el acceso. Una escalera se hundía en las entrañas de la ciudad. Entonces, cuando ya había descendido unos centenares de metros, comprendió:

–Tú eres de mantenimiento –dijo.

El droide alzó la vista para mirarla y sonrió.

La sonrisa había sido uno de los adelantos de la robótica. Incluso los droides con aspecto muy mecánico, estaban dotados de la capacidad de sonreír. Parece que los psicólogos humanos concedían mucha importancia a ese aspecto de la robótica.

–Sí, exacto, joven. Soy de mantenimiento. Y me llamo Rurke.

–Yo soy Komet –dijo ella, un tanto sorprendida de que el chatarra tuviera nombre propio. Chatarra era el apodo que se les daba en jerga a los droides, y, en general, a todos los aparatos electrónicos.

Siguieron descendiendo hasta alcanzar un subterráneo amplio: las infraestructuras de la ciudad. Ya no se escuchaban las detonaciones.

Unos pocos chatarra deambulaban un tanto desconcertados, pero les ignoraron. Rurke la guió durante varios kilómetros. Algunos operarios humanos se habían refugiado también allí, pero no hicieron preguntas. Bastante tenían con salvarse a sí mismos. Alguno les saludó levemente, y Rurke correspondió a su saludo con un gesto.

Al cabo de un par de horas, Rurke le indicó una máquina. Parecía de provisiones.

–Descanso –dijo escuetamente.

Cuando se acercó, la máquina se iluminó y pudo distinguir lo que contenía. Conocía algunas de las raciones de supervivencia. Buscó en sus bolsillos, pero no tenía monedas.

–Son gratis. Aprieta el botón de al lado –dijo el droide.

Efectivamente, a un lado de cada opción había un botón naranja. Eligió varias raciones, que metió en los bolsillos laterales de su pantalón, y sacó también un café. Estaba bueno.

Rurke la miraba con curiosidad. Si no sonreía, su rostro era una máscara impenetrable. Pero su atención denotaba curiosidad, o eso pensó ella.

Se sentaron sobre el suelo.

–¿Dónde vamos? –preguntó ella.

–Lejos de los disparos. Esconderte, ¿recuerdas?

–¿Y allí?

Rurke la miró.

–¿Allí qué? Concrete su pregunta, Komet.

–¿Qué hay allí donde vamos?

La mandíbula metálica de Rurke se entreabrió ligeramente. Luego se cerró.

–Hay personas. Operarios, agua, alimentos... La ciudad estará en malas condiciones ahora. Vamos fuera de la ciudad.

Komet pensó que era un plan tan bueno o tan malo como cualquiera, en esas circunstancias.

–Muy bien, Rurke.

Mientras tanto, en la ciudad, Kevin Parslik llegó junto a su amigo Steward Bansky, en el desolado edificio donde tenía su vivienda. No había rastro del resto del grupo inicial.

–¿Y los demás? –preguntó. Su amigo el informático se encogió de hombros.– Venga, hemos de salir de aquí.

Parslik llevaba una bolsa ligera a la espalda.

–¿Qué has hecho de las varitas? –preguntó Bansky.

–Luego. Ahora hemos de ponernos a salvo.

Las calles eran un caos. Los disparos habían cesado en parte, no totalmente, pero ahora soldados armados patrullaban por todos lados. Sobre sus cabezas, el zumbido de las naves aéreas, que permanecían quietas sobre los edificios, llenaba el aire.

Caminaron a buen paso, pero cuidando de no ser visibles, alejándose del domicilio del inventor, que estaba próximo al que había ocupado Bansky.

Pero no pudieron evitar que una de las naves les localizase. Sus aparatos de alta definición, controlados por ordenadores, reconocieron sus figuras, pese a las precauciones. Un altavoz atronó sobre el ruido ambiental:

–¡Profesor Parslik, ingeniero Bansky! ¡Deténganse!

–Esos ignorantes... No hay forma de hacerles comprender que no soy profesor de nada, soy doctor en Física –masculló Parslik, pero su amigo no

pudo escucharle, con todo lo que les rodeaba.

Bansky le miró, como preguntándole qué hacer. La nave les había localizado y estaba sobre la calle donde se trataban de esconder.

El físico inventor sacó la varita de entre sus ropas.

–Me imaginé que pasaría esto... –dijo.

Bansky no tuvo siquiera tiempo de comprender. De pronto, un fogonazo de luz les envolvió, y, cuando se disipó, no había rastro de ruido ni naves, ni patrullas.

Por el contrario, escuchó cantar a una chicharra. Las estrellas estaban sobre ellos. Sintió cierto mareo.

–¿Dónde estamos?

–Lejos.

–¿Pero dónde? –insistió su amigo.

–¿Qué más te da?

–Me sentiré mejor si lo sé –respondió soltando un poco de gas de su estómago mareado.

–No podemos ir a las Zonas, ni alejarnos mucho del resto del grupo. Hemos salido de la ciudad. Lisy me habló de algo... Quizá ella esté por aquí. Con los demás.

La ciudad capital de Parslankia había sido construida sobre el bosque que rodeaba al templo antiguo, así que estaban en las afueras del bosque, donde se convertía en pradera, repleta de encinas, con matas bajas. Podían caminar con facilidad en ese terreno.

–El templo lo construyeron antiguos pobladores del lugar –explicó Parslik–. Las Zonas y los territorios les han ignorado. A sus descendientes, quiero decir.

Bansky nunca había oído hablar de eso. Estaba a punto de pedir más explicaciones, cuando unas figuras, oscuras en las sombras del bosque, surgieron aparentemente de la nada.

Una de ellas se adelantó. Era evidente que llevaba un arma en la mano, incluso en la oscuridad. Alzaron las suyas.

–Somos Bansky y Parslik –dijo éste.

–Sabemos quienes sois. ¿Dónde está Lisy?

Entonces el 'genio' cayó en la cuenta de que no habrían tenido tiempo de salir de la ciudad. Si es que lo conseguían.

–Llegarán más tarde –aseguró, sin base científica ninguna para afirmarlo.

–Has huido sin ella. Cobarde –dijo la figura. La voz sonaba recia, como de un hombre muy fuerte.

Parslik bajó la cabeza. Era lo cierto. Ni siquiera pudo pensar en ella ni en los demás. El desconcierto había sido grande, y el caos total. Seguramente habían corrido en todas direcciones.

–Sí –dijo–. Lo siento. Volveré a por los demás.

–No.

El tono rotundo, frío, sin emoción, le sobrecogió. Luego, el desconocido continuó:

–Ella dejó instrucciones. Tu seguridad es lo primero. Y la de tus inventos. No te preocupes, sabrá ponerse a salvo. Yo la entrené. Venid.

Diciendo eso, se dio media vuelta y las figuras oscuras emprendieron la marcha. Los dos científicos se miraron, y luego les siguieron. ¿Qué otra cosa podían hacer?

En la ciudad, todo era un caos. El inesperado ataque había sorprendido a Lisy en su domicilio, igual que a casi todo el resto del grupo. Pero ella sí esperaba un ataque, hacía tiempo. Estaba mentalizada para reaccionar.

Salió a toda prisa, tratando de no ser reconocible desde el aire, y se encaminó al bloque donde se habían instalado los demás. Estaba cerca. Cruzó una plaza en cuyo centro se había levantado un Monumento a la Libertad, y una ráfaga levantó las baldosas del suelo. Se detuvo a cubierto para evaluar la situación, y se percató de que las naves no disparaban a las personas que huían, sino a su alrededor: no buscaban una masacre, sino sembrar el desconcierto. Luego vio los cables por los que se descolgaban las tropas de asalto. Vio un par de comandos corriendo arma

en ristre hacia donde vivía Parslik. Sin duda iban tras el invento.

Carlos cruzó en dirección a ella cuando la ráfaga cesó.

–Venga, he reunido a los demás –chilló, por encima del ruido.

La condujo hasta los soportales de una avenida, donde, tras una reja metálica entreabierta, pudo ver a Jessy. Entraron. Kian también estaba allí, y se apresuró a cerrar la verja.

El lugar era una especie de hangar, donde algunos vehículos tapados por lonas esperaban a ser necesarios para las tareas de la ciudad.

Se miraron ansiosamente.

–¿Y ahora qué? –preguntó Jessy.

Carlos y Lisy intercambiaron un gesto afirmativo.

–Ahora, la segunda parte del plan –dijo ella.

En una esquina del local había una escotilla de servicio. Carlos se esforzó en abrirla, girando la rueda que tenía, similar a la de los submarinos. Cuando estuvo abierta, se volvió y sonrió:

–¡Venga! –les urgió.

No se hicieron rogar demasiado. Pronto, todos habían desaparecido dentro del conducto de mantenimiento.

Descendieron unos pocos cientos de metros por una escalerilla que hizo temblar de vértigo a alguno de ellos. Finalmente, llegaron a un corredor.

–Es el pasillo maestro. Conecta con la avenida principal y sale de la ciudad, hasta el perímetro del bosque. Ya existía bajo el templo, Parslik sólo lo modernizó –explicó Lisy.

Algunos grupos de operarios, sorprendidos por el ataque en el curso de su trabajo, permanecían a la espera, sentados en las instalaciones al efecto, o se movían hacia lugares que sólo ellos conocían. Quizá en dirección a su hogar, con su familia. Algunos droides de servicio vagaban siguiendo instrucciones igualmente desconocidas. Nadie parecía ocuparse nada más que de sus propios designios.

Llegaron a un recodo donde una chica y un droide estaban sentados en el suelo. Cuando les vio, la chica se puso las manos sobre el rostro como si estuviera desolada.

Kian sólo la miró levemente. En el preciso instante, Lisy le palmeó el hombro y le indicó un desvío.

–Por allí –dijo.

Siguieron caminando a buen paso.

Komet no podía creer la suerte que tenía: sin duda Kian la hubiera reconocido de no ser por Lisy. Había hecho bien en cambiarse de apariencia tras su sondeo entre la guardia.

Pero había sido una suerte encontrarse con ellos. Seguramente se dirigían a encontrarse con los científicos.

No sabía lo que iba a hacer, pero quizá ellos pudieran protegerla. Allí no tenía futuro ninguno.

Volver al origen

Komet siguió al grupo inicial, del que solo faltaban los dos científicos. Caminaron durante un buen rato, alejándose del centro en dirección a las afueras.

Los perdió de vista al dar la vuelta a un recodo en el largo y ancho pasadizo subterráneo, pues por prudencia los seguía a cierta distancia. Apuró el paso, aunque supuso que el túnel continuaría sin desvíos.

Una mano abierta se plantó en su rostro, arrojándola al suelo.

–¡Vaya, vaya! Mirad, colegas. –Kian la señaló con una mueca de

aversión–. Es la traidora.

–¡Lo siento! ¡Me equivoqué! –chilló ella.

–Claro. Ahora que te hemos pillado ¿Espiándonos para las Zonas?

–¡No! ¡Han intentado matarme! ¡Esos canallas querían mi cabeza!

–Mira por donde –dijo pausadamente Kian–. Ya tenemos algo en común.

–Señores –Rurke, el androide de mantenimiento que acompañaba a Komet carraspeó con tono metálico–... No comprendo la causa de su enemistad. Pero permítanme decirles que ella no les seguía. La idea de venir en esta dirección fue mi plan. Era bueno, ¿verdad?

El grupo de Carlos, Lisy, Kian y Jessy contemplaron con estupor al droide.

–¿Eso es verdad? –interrogó Kian, encarándose con Rurke.

Todos sabían que era científicamente imposible que un androide mintiese.

–Toda la verdad. Soy un droide inteligente. La ciudad está en muy malas condiciones. Es mejor alejarse. Se lo dije a ella. Ustedes pensaron igual, ¿verdad?

Kian se detuvo a inspeccionar el aspecto de la chica. Realmente, parecía que hubiera estado en una guerra. Sus ropas tenían rastros de haber sido atacada con láseres. Aunque no te diesen, siempre dejaban pequeñas quemaduras de las chispas que saltaban desde los objetos cercanos a uno.

–Los droides no pueden mentir –apuntó Jessy.

–Lo sé –exclamó Kian, molesto por no poder desquitarse con Komet.

Ella les miró con desesperación:

–Me matarán si me encuentran.

La muda petición se hizo evidente para todos.

–Está bien –dijo Lisy–. Yo voto que venga.

Los demás se miraron y, finalmente, asintieron.

Kian soltó una maldición en voz baja, pero no protestó la decisión.

–Vale –concluyó Jessy, mirando a Carlos–. Que venga.

Este se encogió de hombros.

El templo que había sido la base de operaciones de los pandilleros de Jessy y Kian fue fundado cientos de años antes por una cultura que pareció disolverse en el aire, desde el punto de vista de las Zonas Centrales.

Pero ello solo fue una protección.

Los míticos Lombianos, a los que se atribuía una larga vida, ente otras leyendas, pasaron al anonimato. Sin embargo, no permanecieron del todo al margen de la civilización.

A la luz de la iluminación de las calles por las que les llevaron, las figuras inicialmente oscuras resultaron ser unos adultos atléticos de ambos sexos, revestidos con túnicas color teja oscuro y, efectivamente, portaban unas armas sofisticadas similares a fusiles cortos.

Les trataron con cortesía, pero firmeza, sin decir palabra tras preguntar por Lisy y ordenarles seguirlos.

Llegaron así a una ciudad que se abría en lo más interno del frondoso bosque, al fondo de una hoquedad inmensa, alguna especie de falla natural o, quizá, el fondo de un antiguo y ya seco mar.

La científicas mentes de Bansky y Parslik pudieron comprender las magnificencia del avance científico de lo que estaban viendo. Las calles se iluminaban por algún medio atmosférico, quizá ionización del aire superior, que otorgaba un resplandor uniforme en todos los rincones de la ciudad.

Naves aéreas cruzaban la atmósfera con un leve zumbido, y la vegetación y los edificios compartían el espacio habitable.

Les condujeron por una ancha avenida hasta un edifico alto, en uno de cuyos costados crecía un árbol inmenso y a todas luces milenario, cuyo tronco estaba formado por la fusión de otros varios enroscados y unidos, y con ramas y hojas que surgían de todas partes del mismo. Sus raíces formaban un túmulo en la esquina del edificio, en cuyo interior habían situado una estatua al parecer religiosa.

–La Vida –dijo el que parecía el jefe de su grupo, señalando a la figura que había dentro de las raíces del enorme árbol.

–Muy apropiado –dijo Kevin Parslik en tono neutro–. Aquí empezaremos de nuevo.

Epílogo:

–Parslik, ¿qué hiciste con las varitas? –preguntó Bansky mientras caminaban.

–¿Recuerdas que en 1969 dejamos un módulo lunar en el Mar de la Tranquilidad? Pues a diez metros debajo.

–Calcularías bien la órbita, ¿verdad?

–Sin duda, es simple mecánica celeste –respondió sonriendo Parslik.